

LA HOMOSEXUALIDAD EN VERDAD

Romper, por fin, el tabú

Philippe Ariño

Traducción al castellano : José y Monique Ariño

*A Beatriz Béloqui (por su humor y su sonrisa tan estimulantes).
A Olivier C. (y todo el miedo, la injusticia que encarna)
A Juan Antonio Ricci, a Justo García Turza, a Don Juan José
Omella y a mis padres (por su corrección y su inteligencia).
Al papa Benedicto (mi abuelo del Cielo y de la tierra).*

PRÓLOGO

Enero 2013

No es habitual encontrar un testimonio como el del autor de este libro, Philippe Ariño. Analiza su tendencia homosexual desde unos parámetros antropológicos muy serios y muy fundados. Reconoce su práctica homosexual diciendo con toda claridad a dónde conduce esa práctica y confiesa con valentía y sencillez su conversión a Cristo y a las enseñanzas de la Iglesia católica sobre este tema.

Estoy seguro de que este libro ayudará a muchas personas a entender qué es exactamente la tendencia homosexual y a evitar el caer en el sofisma de que no se puede ser feliz viviendo las enseñanzas de la Iglesia, experta en humanidad, sobre moral sexual. La Iglesia católica tiene una larga experiencia en acompañar a las personas ayudándolas, como hacía Jesucristo, a sacar lo mejor de ellas mismas, asistiéndolas en su caminar por senderos de paz y felicidad, aunque, a veces, haya que llevar sobre las espaldas la cruz del dolor y de la soledad. Pero Jesús dice en el Evangelio: « *Mi yugo es llevadero y mi carga ligera.* » Y cuántas personas hay en el mundo, con nombres y apellidos, que en medio de la cruz, del dolor, hasta de la persecución, pueden sentir en el hondón de su ser que se hacen realidad en ellos las bienaventuranzas. Es un misterio asombroso, pero que se realiza también hoy en nuestro mundo. El autor de este libro es, de alguna manera, testigo de ello.

A la pregunta que está en la calle y que mucha gente se hace: ¿se puede ser homosexual y feliz?, el autor responde: « *¡Claro que sí! ¡Si no, yo no existiría! ¡Y vosotros tampoco, por supuesto! Digamos que la felicidad no es comfortable, y nunca lo ha sido.* » Y ese camino de felicidad lo describe con toda valentía: adentrarse en el conocimiento y reconocimiento de su tendencia, no tenerle miedo; no encerrarse en sí mismo, sino abrirse a la amistad; y vivir la continencia, pero esa meta no se podrá conseguir fácilmente sin la ayuda de Dios. « *Yo, si he escogido este camino de la continencia, no ha sido por rebeldía, por decepción amorosa mal digerida, por orgullo mal comprendido de confesar que he podido experimentar un placer por gestos que la moral católica condena. ¡Es mucho más positivo en realidad! ¡Muchísimo más libre también! He abandonado la búsqueda de la pareja homosexual y de la sensualidad/afectividad/genitalidad homosexual justamente porque todo esto me ha gustado y, a pesar de todo, esa realidad no me ha satisfecho.* »

Estoy convencido de que el libro ayudará mucho a las personas que sienten la tendencia

homosexual y que quieren ser cristianos y vivir con normalidad su vinculación a la Iglesia católica. Y será de provecho para las personas no-homo sexuales ya que comprenderán mejor cómo son y cómo viven la afectividad sus hermanos homosexuales. No es a través de la condena como se ayuda a resolver los conflictos que viven las personas, sino a través de la claridad, de la verdad, de la comprensión y de la propuesta de soluciones. De alguna manera eso es lo que hace Philippe Ariño. Leyendo el libro, recordaba las preciosas palabras del Papa Pablo VI: « *El hombre contemporáneo escucha más a los testigos que a los maestros, y si escucha a los maestros es porque son testigos.* » El autor del libro *La homosexualidad en verdad*, es un testigo y un maestro; por eso se le lee con gusto y por eso ha dado numerosas conferencias por las distintas regiones y ciudades de Francia. Se le llama de todas partes, le hacen muchas entrevistas, porque tiene algo que decir y porque lo dice desde su propia experiencia, aunque no se comparta todo lo que en dicho libro se dice.

¡Gracias, querido Philippe! Hace años que conozco a tu familia, ya que tu padre compartió un tramo de mi camino como estudiante de filosofía en nuestros años jóvenes. La vieja amistad ha hecho que ahora pueda prologar este libro que se ofrece a los lectores de lengua española. ¡Ojalá que produzca mucho fruto, ayudando a personas que buscan la verdad y la paz en sus vidas!

+ Juan José Omella Omella

Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño

ÍNDICE

I – LA HOMOSEXUALIDAD, ¿QUÉ ES Y QUÉ DICE EN MÍ?

II – MI DESEO HOMOSEXUAL, ¿QUÉ HAGO CON ÉL SI LO SIENTO EN MÍ, PERMANENTEMENTE?

III – SI SOY CREYENTE Y HOMOSEXUAL, ¿CÓMO HAGO?

I – LA HOMOSEXUALIDAD, ¿QUÉ ES Y QUÉ DICE EN MÍ?

Yo me siento homosexual, o tengo atracciones ...

¡Esta pequeña guía está hecha para vosotros! Os ayudará a ver las cosas más claramente y a salir de la culpabilidad... al mismo tiempo que miraréis vuestro deseo homosexual cara a cara, sin equivocaros sobre sus límites. Será una preciosa compañera para el camino.

Yo no me siento homosexual : ¿En qué me atañe este asunto?

Si lo tenéis todo claro con vuestra sexualidad, normalmente, el tema de la homosexualidad no tiene por qué molestaros. Por otra parte, personalmente me he dado cuenta que molesta solamente a las personas que, justamente, no son estables a nivel de su sexualidad, ya sea porque fuerzan su masculinidad o su feminidad a través de la reivindicación de una supuesta « heterosexualidad », ya sea porque son efectivamente homosexuales reprimidos, aún cuando « asumidos ». Pues bien, vuestra escucha y vuestro interés por la homosexualidad probarán precisamente que no sois homosexuales. Además, yo creo que la homosexualidad concierne verdaderamente a todo el mundo, puesto que no es más que la parte sumergida del iceberg de la sexualidad universal. Es el síntoma mundial de la separación creciente entre hombres y mujeres, y de la ruptura entre los Hombres (criaturas o Iglesia) y su Creador (Dios). Finalmente ¡razón de más para sentirnos involucrados!

¿Por qué es importante hablar de la homosexualidad e intervenir en los debates?

Porque vais a comprender rápidamente que detrás del asunto « banal » de homosexualidad, se esconde mucho sufrimiento humano real. Y esto, ¡no puede dejarnos indiferentes! Debemos denunciarlo, sin una falsa compasión, y con energía. Estamos llamados a ayudar a las personas a salir del sufrimiento, no de ser homosexuales, sino de practicar la homosexualidad; a ayudar a los individuos que no se sienten homosexuales a que comprendan que la homosexualidad no es más que el fruto de su propia incapacidad de amarse entre pareja hombre-mujer, entre amigos. La mayoría de la gente está atada a la idea de aparecer como « homófobo » en cuanto se atreve a decir una palabra sobre el tema homosexual. Hay que reconocer que en el pasado, nuestras sociedades se portaron de una manera vergonzosa con las personas homosexuales. Vivimos con esta culpabilidad. Por consiguiente, por miedo a ser catalogados, caemos en el exceso inverso de un mutismo igual de culpable o de una justificación/banalización de la homosexualidad. En realidad, todos somos responsables de aliviar toda clase de sufrimientos.

¿De qué se habla cuando se dice « homosexualidad »?

La única cosa que existe en la homosexualidad es el deseo homosexual, la atracción sexual por las personas de nuestro sexo. El resto es puro fantasma identitario o amoroso.

El deseo homosexual constituye una realidad fantasmática – y a veces fisiológica – innegable impuesto al individuo que lo siente sin que él *a priori* lo haya escogido. Con todo, este deseo ¿es pasajero o permanente? No se sabe muy bien. En ciertos individuos homosexuales pareciera ser que existe desde hace mucho tiempo, y que no desaparecerá tan fácilmente; en la mayoría de ellos, se manifiesta tardíamente, parece ser una moda pasajera o un concurso de circunstancias. ¿Es algo innato o adquirido? Tampoco se sabe exactamente. Todavía no se ha encontrado (¡ por suerte!) un gen gay o lesbiano y sería reductivo hacer pasar la homosexualidad por una mera cuestión de educación o de influencia social. Un mismo acontecimiento puede ser percibido e interpretado de manera totalmente distinta según la sensibilidad de cada ser humano. Cuando se habla de homosexualidad, en realidad, sólo se puede hablar del deseo homosexual. En cuanto a la « identidad homosexual fundamental » o a la « especie homosexual », estas dos no existen. El mundo no se divide, como se intenta hacérselo creer actualmente, entre « los homosexuales » por un lado y « los heterosexuales » por el otro. El mundo se compone únicamente entre hombres y mujeres (es la diferencia de sexos lo que da lugar a la vida humana) y horizontalmente entre Dios y sus criaturas (es nuestra identidad de hijos de Dios que deriva de nuestra diferencia con el Ser celestial). Nunca se es plenamente homosexual. Uno no se reduce a su orientación sexual del momento, por cuanto pueda ser duradera: la sexualidad es un camino evolutivo y complejo, un misterio que se nos escapa. Idealmente, si quisiera ser exacto – pero resultaría demasiado largo – tendría que definirme como « un hombre e Hijo de Dios, habitado por un deseo homosexual más o menos persistente en tiempos humanos ». Pero por razones de claridad, me limito en decir « persona homosexual ». En cuanto al « amor homosexual magnífico » tampoco estamos seguros que exista (... tal vez soy yo al no haberme aún encontrado con este tipo de parejas... pero me extrañaría, considerando las numerosas parejas que frecuento). El amor verdadero y completo se realiza a través de la acogida de la diferencia de sexos. Un amor sexual que no acoge la diferencia que lo constituye no es pleno y ni siquiera es sexual. El deseo homosexual es ante todo un impulso que no se ha actualizado; no es una práctica afectiva/genital ni una pareja. Estoy completamente de acuerdo con el escritor francés Yves Navarre cuando señalaba en su *Biografía* (1981) que la homosexualidad es « una sensibilidad antes de expresarse en una sensualidad y en actos sexuales ». Si se hace de la pareja la única sede del deseo homosexual, ya se puede excluir de la homosexualidad a los adolescentes que se sienten precozmente homosexuales pero que todavía no han dado el paso de vivir sensualmente sus tendencias, a los solteros, a los hombres casados, a las personas bisexuales (practicando la homosexualidad por intermitencia), a los individuos homosexuales cuyo compañero ha muerto, dicho de otro modo, ¡a casi toda la comunidad homosexual! Pues bien, en nuestros debates sobre la homosexualidad dediquémonos a hablar solamente del « deseo homosexual ». Resultará más claro y más realista.

El deseo homosexual ¿es un deseo de amor como los otros?

Se le ha dado el título de « Amor » desde hace poco (a principios del siglo XX). Antes, no se hablaba jamás del deseo homosexual como de una identidad o de una unión duradera entre dos personas adultas, sino como de un acto (de « pederastia » de « sodomía », de « práctica antinatural », etc.) que debía permanecer pasajero. Ahora bien, no basta con distribuir la etiqueta « amor » a todo tipo de relación para transformarla en un enlace fuerte e incontestable. Y cuando veo cómo a las parejas homosexuales que conozco les cuesta tanto perdurar, y perdurar en la *alegría*, tengo

sobrados motivos para creer que el deseo homosexual es una unión más frágil, más limitada, menos enriquecedora que el deseo compartido en ciertas parejas hombre-mujer que se aman, o entre ciertos célibes consagrados y Dios. La unión homosexual satisface pero no colma. En el mejor de los casos, ofrece las ventajas corrientes de la amistad, pero desgraciadamente una amistad desnaturalizada y pervertida por las pulsiones sexuales y los sentimientos amorosos. El deseo homosexual es una pulsión a la vez de amor y de violencia. Por consiguiente no hay porqué idealizarlo, ni demonizarlo ni banalizarlo. Se trata de un deseo grave, casi siempre sintomático de situaciones humanas dramáticas, en las que la libertad humana ha sido amenazada o en las que la realidad humana ha sido ignorada.

¿La homosexualidad es una enfermedad?

Sin ser un deseo anormal – ¿qué es la « normalidad »? –, es una realidad que no se puede banalizar y que traduce un estado/amor incompleto. No es una casualidad que Freud describiera la homosexualidad como un « *estancamiento del desarrollo sicológico-sexual* » del individuo. Dicho de otro modo, se ha producido un « bug » (fallo informático) hacia el camino del don de sí a la diferencia. Sin embargo, como el deseo homosexual no parece ser el fruto de una elección libre y adulta, ni forzosamente imputable a un contexto de educación preciso, sería inapropiado calificarla de « tara » (un defecto hereditario) o de « vicio ». Encuentro que la palabra que le va mejor, son las palabras « herida » y « miedo ». Muchas personas homosexuales, en sus discursos y en sus obras artísticas, la describen claramente como una cicatriz, una lesión. Una herida no define a una persona en su totalidad. No inculpa a nadie. Es algo que se fija a la persona, ciertamente, y a veces de forma duradera, pero no se sabe quién la ha hecho, ni de dónde viene ni cuáles son sus causas. Solamente se puede reconocerla como « existente », constatar que posee diferentes grados de profundidad (y por consiguiente puede engendrar diferentes tipos de homosexualidad), sin por ello asegurar que tendrá consecuencias de por vida ni que desaparecerá completamente en tiempos estrictamente humanos.

¿El deseo homosexual viene de un traumatismo vivido durante la infancia?

Yo creo que no. Puede ser probablemente el síntoma de ello, ya que en general los contextos de infancia de las personas homosexuales suelen ser perturbados. Pero en ningún caso existen *causas* precisas de la homosexualidad. En el mejor de los casos, se puede hablar de « coincidencias muy marcadas » (como el barómetro que es un signo anunciador de lluvia, ¡pero que nunca hará llover!), de « convergencias intrigantes » entre las vidas de las personas homosexuales, de « terrenos favorables », que nunca podrán ser elevados a sistema de identidad o de amor, pero que son los indicadores de la existencia de un deseo homosexual que posee su propia naturaleza, su lenguaje personal, su lógica y su funcionamiento singular.

¿Existe realmente una diferencia entre la homosexualidad masculina y la homosexualidad femenina?

En el fondo, no, dado que la expulsión de la diferencia de sexos es humana, universal.

Mal que les pese a nuestras amigas lesbianas y a sus camaradas feministas (que en su mayoría prefieren, por sexismo primario, atribuir las características universales del deseo homosexual solamente a los hombres homosexuales y a los « obsesos sexuales » que serían la mayoría de los « varones », y así no sentirse implicadas en los discursos generales sobre la homosexualidad). Yo, personalmente, he estudiado lo suficiente la homosexualidad femenina (actualmente, ¡me interesa incluso más que la homosexualidad masculina!) y puedo asegurar que no existe casi ninguna diferencia entre la homosexualidad masculina y la homosexualidad femenina. No perdamos de vista que el deseo homosexual no es prioritariamente sexuado, puesto que pretende justamente huir de la sexuación y que expulsa la diferencia de sexos. La diferencia entre lesbianismo y homosexualidad masculina no juega un papel sino en un segundo tiempo, por la forma de vivir el deseo homosexual – manera efectivamente dictada por la diferencia de sexos – y no por la naturaleza misma del deseo homosexual. Nuestras amigas lesbianas son quizás un poco más fieles que sus homólogos homosexuales varones, pero ¡en nada « más dulces » que ellos! *¡ No por el hecho de ser mujeres, ni siquiera por el hecho de ser lesbianas, sino por el hecho de estar juntas en pareja homosexual!* Podemos decir que la *conyugalidad* homosexual, y por consiguiente el acto homosexual, es lo que produce violencia, y no la persona homosexual por sí misma, ni su homosexualidad, ni su sexuación. La exclusión de la diferencia de sexos en el seno de la pareja homosexual, tanto gay como lesbiana, es en sí universalmente violenta.

¿Cómo definir el deseo homosexual?

Es un deseo débil y casi artificial, más sincero que verdadero, porque ha huido de la Realidad (y de su fuerza principal: la diferencia de sexos, sin la cual ¡no existiríamos!). Le cuesta muchísimo encarnarse sosegadamente y, por consiguiente, se transforma en impulso violento y perturbador. Siempre aparece en los contextos humanos donde la libertad humana ha sido disminuida, donde el fantasma y la pulsión se han adelantado a la realidad. Por otra parte, es el síntoma de un desmoronamiento de identidad y de un sentimiento amoroso que a penas merece el título de *deseo*. Es, más bien, una *falta de deseo* que un *deseo* como tal, estable, positivo y libre.

¿Es antinatural?

Yo no digo que el deseo homosexual no sea natural, según cierta « naturaleza humana », una naturaleza, evidentemente, más bien pulsional; el psicoanálisis nos recuerda al respecto que todos somos sexuados y bisexuales de nacimiento; y ciertos investigadores han demostrado que en la naturaleza existen realmente especies animales en las que se observan copulaciones de tipo homosexual. Pero no es natural al nivel de una vida humana adulta libre. Es « natural » únicamente en un estatuto de deseo fisiológico-corporal, temporal, adolescente, inmaduro, embrionario e incompleto.

Si entramos en el detalle, ¿cuáles son las grandes características de base del deseo homosexual?

Yo enumeraría siete. Son características propias del deseo homosexual, pero no

exclusivas, ¡Cuidado! El deseo homosexual no es más que la forma particular de un malestar social global sobre la sexualidad. De ninguna manera estos grandes rasgos pueden ser presentados como « verdades » o « causas » que prueben la existencia de una supuesta especie homosexual. Por esta razón, es importante no decir « los homosexuales » sino más bien « las personas homosexuales », ni justificar la belleza/fealdad de un « amor » homo-erótico. Éstos no esencializan el deseo homosexual sino que sólo lo designan como real y existente, sin más.

1) **El deseo homosexual como deseo de violación, como síntoma de una violación real :**

Empecemos con una información explosiva. En mi opinión, – y sobre todo según los hechos reales – el deseo homosexual es a menudo el síntoma de una violación real, la cual espero minoritariamente vivida (yo, por ejemplo, nunca he sido violado genitualmente siendo joven), y, más universalmente, de un fantasma de violación (= miedo a la sexualidad), compartido por la mayor parte de las personas homosexuales, sin excepción. A día de hoy, no conozco a ningún individuo homosexual que no haya escogido como modelo de identificación a la mujer violada cinefotográficamente (dicho de otra forma, a la feminidad fatal) y/o al super-héroe macho asexual/hipersexual, superhombre violador. Cuanto más vive una actriz el éxito de forma clamorosa pero paradójicamente lleva una vida privada y amorosa de forma desastrosa, tanto más posibilidad tendrá de llegar a ser un icono gay. A aquellos que me tratan de « homófobo » sólo porque me atrevo a hablar abiertamente de violaciones y de sufrimiento con relación a la homosexualidad, sin jamás generalizarlas a la mayoría de las personas homosexuales, me entran ganas de presentarles a mis noventa amigos homosexuales que me han revelado haber sido violados o abusados, antes o después de la salida del armario, el *coming out*. Desearía enseñarles las pruebas vivas de su ¿inocente ? censura que tienen el descaro de llamar ¡« respeto del Amor » y « respeto de las víctimas »! Y puedo afirmar que no lo he soñado. Estas violaciones me son relatadas por mis propios amigos homosexuales, confidencialmente, y a menudo ¡sin que la pareja con la que conviven esté al corriente¹!

No hago de la violación ni una causa ni una generalidad de la homosexualidad. Cito prudentemente las estadísticas². Por consiguiente, no hay ninguna razón, e insisto sobre

¹ El sociólogo Daniel Welzer-Lang, en sus investigaciones sobre la violación en el « ambiente gay », nos expone su inesperado asombro : « Cuando se les escucha, no es abusar hablar de TABÚ. No se trata solamente de vergüenza. [...] ¿Cómo explicar que haya hombres - algunos han luchado juntos durante años, reivindicando el derecho a disponer de su cuerpo, de sus deseos, hombres que, contrariamente a otros varones, han adoptado la costumbre de reunirse para hablar de sí mismos, de su vida íntima... - que nunca han hablado de estos episodios de violación entre ellos ? Incluso dicen no haberlo nunca discutido ni siquiera con sus parejas, aún tras varios años de vida común... ¿Cuál es el sentido de este tabú? » (Daniel Welzer-Lang, *La Viol au masculin*, Éd. L'Harmattan, Paris, 1988)

² Por ejemplo, el estudioso americano David Finkelhor afirma que los chicos agredidos antes de los 13 años tendrían una tendencia cuatro veces superior a la de los otros de repetir experiencias homosexuales (David Finkelhor, « Four Preconditions : A Model », en *Child Sexual Abuse : New Theory And Research*, 1984). Según una encuesta llevada a cabo por la revista gay *The Advocate* (nº661-662, 23 de agosto de 1994) entre sus lectores (2500 cuestionarios recogidos), el 21% de los encuestados que consideraban haber sido víctimas de abusos sexuales antes de los 16 años. « Entre las personas homo-bisexuales son mucho más numerosos los casos de relaciones sexuales forzadas: el 45,4% de las mujeres homo-bisexuales contra el 14,9% de las mujeres heterosexuales, el 23,9% de los hombres homo-bisexuales contra el 3,9% de los hombres heterosexuales. » (Nathalie Bajos et Michel Bozon, *Enquête sur la sexualité en France*, Éd. La Découverte, Paris, 2008, p. 262) ; « Las personas que han tenido parejas del mismo sexo declaran mucho más a menudo haber sufrido relaciones sexuales forzadas respecto a las personas que han tenido relaciones solamente con parejas de otro sexo. Así pues, el 44% de las mujeres que han tenido relaciones homosexuales en su vida declaran haber soportado relaciones o acercamientos de este tipo (contra el 15% de los heterosexuales), de las cuales el 31% tenían menos de 18 años la primera vez ; es también el caso del 23% de los hombres que han tenido relaciones homosexuales (contra el 4,5% de los heterosexuales), de los cuales el 15% tenían menos de 18 años la primera vez. » (idem, pp. 385-389)

este punto, para sostener o atribuirme ese tipo de silogismos absurdos: « Toda persona que ha sido violada será homosexual » o « Toda persona que es homosexual ha sido violada, y violará ». En cambio, en nombre de dramas reales cuyo deseo homosexual es el síntoma, la sociedad no tiene por qué aplaudir o banalizar la homosexualidad. Incluso los individuos homosexuales que no han sido objetivamente violados – ¡y son felizmente muchísimos! – han conocido algún tipo de desmoronamiento identitario durante la infancia (el psicoanálisis habla a veces de « derrumbamiento narcisista del Yo ») que acarrea, si no se anticipa, una búsqueda de violencia. La confesión de su homosexualidad ha sido para ellos el remedio de un malestar existencial o bien de un sentimiento de rechazo por parte del ambiente familiar, escolar, fraterno, social, vivido como una dictadura.

Quisiera apuntar que el impulso de violación (violar o ser violado), aunque predomine particularmente en el deseo homosexual, tampoco es algo específico del deseo homosexual: es un deseo humano compartido igualmente por las personas heterosexuales y por todos los individuos que tienen una sexualidad herida. No existe ninguna razón para homosexualizar la violación (la homosexualidad no es otra cosa que el signo particularizado de las violaciones sociales que se infligen los hombres y las mujeres) ni de separar totalmente la violación y la homosexualidad.

En los debates sobre la homofobia, no tengáis miedo a llamar a las cosas por su nombre. Tenéis que atreveros a pronunciar la impresionante palabra *violación*, pero prefiriendo, cuando sea posible, la fórmula *fantasma de violación* (ésta causaliza y demoniza menos nuestro discurso, ya que sólo a veces se han cometido realmente violaciones). Atenernos a hechos reales nos permitirá ser realmente amables, aunque se trate a veces de enfrentarnos a realidades dolorosas y experiencias dramáticas. Por supuesto, hablar de la violación en relación con la homosexualidad no equivale a « violar de nuevo », « desear la violación », « provocarla » o « sugerir la idea a otros ». ¡Ni tampoco significa « odiarse a sí mismo », « juzgar a las personas », « querer el mal para los homosexuales » y ser « homófobo »! Cuando hay sufrimiento objetivo es imprescindible denunciarlo y juzgarlo, condenarlo sin rodeo. Actualmente, los que me acusan de ser un ejemplo típico de « homofobia interiorizada » y de « falta de amor propio », por la simple razón de que denuncié las violaciones vividas por un número demasiado elevado de personas homosexuales, confiesan su propio engaño sin querer : intentan esconder la homofobia (su propia homofobia) dentro de mí, como una bolita de papel arrugada que introducen a la fuerza en una botella sobre todo para no leerla, entenderla, hacerla pública, apropiársela. Es cierto que tal homofobia resulta interiorizada, pero se olvidan de decir por quién ¡Yo no pido nada más que su firma, en el escrito de su odio hacia sí mismos, ejemplificado en un deseo homosexual practicado, salga de mí mismo y sea leído en voz alta! Yo estoy orgulloso de ser « homófobo » tal como ellos lo entienden ya que ¡ser « homosexual » como ellos sería ser verdaderamente homófobo!

2) El deseo homosexual como signo de alejamiento de la Realidad :

El deseo homosexual es también un deseo alejado de la Realidad (¡por eso numerosas personas homosexuales pasan por gente muy soñadora!) que se apoya más bien en los fantasmas y las pulsiones que en la Realidad humanizadora. ¿Qué entiendo por Realidad

humanizadora y relacional? Para mí es la vida humana, a la vez personal y colectiva, que se nos da por compartir a través de las tres diferencias que la constituyen y que son: la diferencia de sexos, la diferencia de generaciones, la diferencia de espacios. Y añado una cuarta diferencia, menos objetiva: la diferencia entre criaturas humanas y el Creador divino. Si estos pilares no son reconocidos y respetados, ya sea porque son demasiado sacralizados o porque por el contrario son demasiado temidos, advertimos que este rechazo desemboca siempre a largo plazo en violencias, en prácticas incestuosas que no permiten a los humanos el vivir juntos y en paz, guardando las distancias apropiadas. Pensemos por ejemplo, con respecto a la diferencia de generaciones, en el incesto, en la consanguinidad, en la pedofilia; con respecto a la diferencia de espacios, en el voyeurismo, en los robos, en las guerras, a la xenofobia ; con respecto a la diferencia entre el hombre y Dios, en la megalomanía, en el totalitarismo, en los celos, etc.

Las cuatro *rocas* de la Realidad son realmente más fundadoras e importantes que las « pequeñas diferencias humanas » (guiño a la expresión freudiana del « *narcisismo de las pequeñas diferencias* ») tales como el color de los ojos, el hecho de ser zurdo o diestro, la diferencia de gustos, etc. ¡Mas son cuestiones de vida o muerte! Por desgracia, en nuestro planeta, que se virtualiza a toda velocidad gracias al apoyo de los famosos sentimientos « humanistas », se tiende a borrar estas diferencias de la Realidad, enunciando, con las mejores intenciones del mundo, que « el amor no tiene sexo, ni edad, ni fronteras », ni origen, ni otro dueño que la conciencia individual y la Pareja fusional. En consecuencia, cuando nos distanciamos poco a poco de la Realidad – por miedo a nuestros límites humanos, a la libertad de los demás, al sufrimiento, etc. –, finalmente nos alejamos del Amor concreto, de las personas cercanas, de situaciones humanas concretas, y dejamos rienda suelta a nuestros impulsos violentos.

Hoy en día, en nuestras sociedades contemporáneas, la diferencia de sexos es constantemente negada... y lo peor es que hacemos pasar esta negación como una increíble proeza cómica (« ¡Yo me transformo en travesti, qué divertido! »), científica (« ¡El bisturí dará razón a mi conciencia de ser una mujer en un cuerpo de hombre! »), artística/política (« ¡Mi cuerpo me pertenece y yo soy mi propia obra de arte: con mi mascarilla, mis actitudes y mis disfraces, sobrepaso todos los códigos del género y de la sociedad heterosexual! »), ideológica (« ¡Lo importante, es el progreso, la igualdad, el cambio, la libertad de escoger, la sinceridad, mis elecciones sensuales! »), incluso espiritual (« Yo soy un ángel sin sexo, inocente y puro. ¡Lo que vivo con mi pareja no es solamente sexual! Es un regalo de Dios. »)... cuando, en concreto, se huye de lo humano y del cuerpo sexuado personal y social. Por esta razón la « pareja » homosexual es particularmente violenta y frágil, más allá de las apariencias y de la sinceridad que en ella se expresa. Lisa y llanamente es el signo del repudio de la diferencia de sexos, que no constituye una « pequeña diferencia », puesto que es la condición misma de la existencia de la Vida.

3) **El deseo homosexual como miedo de ser único**

El deseo homosexual *materializa* también el miedo - típicamente andrógino, narcisista, romántico y adolescente - de ser único. Basta con ver cómo recurren en las obras homosexuales los motivos de la mitad, de los rostros separados en dos, de las frutas cortadas, de los animales con dos cabezas, de los personajes siameses, de los gemelos, de los clones especulares, para comprobar que el deseo homosexual es un deseo fusional

de división³. Al respecto, es fascinante observar el impresionante número de individuos homosexuales nacidos gemelos que podemos encontrar en el « ambiente homosexual » (yo mismo, tengo un hermano gemelo). Podemos notar en el discurso de muchas personas homosexuales, que suelen creerse mitades de hombre, seres clonados e invisibles, fotocopias de alguien (un hermano, una hermana, un padre, una estrella del cine, etc.), sosias. Esta creencia, además de traducir un orgullo desmedido (no olvidemos que en el *Banquete* de Platón, las criaturas mitológicas del mito de Aristófanes fueron cortadas en dos por Zeus porque pretendían sustituirle), es mucho más dramática de lo que se piensa. Porque si el ser humano se imagina que no es único, en el fondo se cree que no puede amar ni ser amado, puesto que sólo el Amor verdadero nos enseña que somos únicos y que jamás nadie nos reemplazará. Es terrible, desde el punto de vista del amor, pensar que no valdremos algo si no es en pareja, y que no valemos nada a partir del momento en el que somos únicos y célibes. Ya que la soledad es nuestra carga común, y gracias a Dios, somos esencialmente uno. Si no, no seríamos libres.

4) El deseo homosexual como deseo de ser objeto

Por otro lado, el deseo homosexual es el síntoma de un deseo de ser objeto. Ya he observado en forma exhaustiva cómo en el imaginario y en el discurso de las personas homosexuales abundan sitios como el de las marionetas, de las muñecas, de la prostitución, del culto al cuerpo, de la mujer-objeto y del hombre cinematográfico, del mito amoroso de Pigmalión. Yo mismo, a los quince años, quería ser marionetista... y ¡qué casualidad! he encontrado a más de un marionetista en la comunidad homosexual. Este deseo de convertirse en objeto es mucho más violento de lo que parece, ya que en realidad, desear convertirse en objeto no es más que desear morir (¡los objetos son inanimados por definición!) ... a pesar de todo el arsenal de buenas intenciones que se ha adoptado en cierta prensa y en el mundo publicitario para hacer pasar la reificación (considerar a la persona como una cosa) del ser humano por un honor (¡nos prometen el « cuarto de hora de gloria televisiva » de Andy Warhol!), por un chiste, por una obra de arte modernísima, por un galardoneo de la persona, por un amor original y universal. Nuestros contemporáneos, atrapados en las idolatrías sentimentalistas y cinematográficas de nuestra época, consideran la explotación corporal entre *partners* sexuales como un maravilloso sacrificio de amor, como una experiencia artístico-sentimental inédita : en efecto, cuando uno empieza a darse a la consumición, puede tener la impresión de procurar placer, de ofrecerse como un regalo, de ser una muñeca mecida por brazos complacientes ; y cuando consume, cree sinceramente estar adorando a su compañero amoroso, el cual expone como sobre un pedestal un verdadero fetiche sagrado. Pero en realidad... tras el periodo de explotación mutua, cada uno de los amantes termina dándose cuenta de que ha sido utilizado y que lo han usado como un *kleenex*.

5) El deseo homosexual como deseo de ser Dios :

³ Os recomiendo la lectura de los códigos « Mitad », « Deseo desordenado » y « Gemelos » de mi *Diccionario de los Códigos homosexuales* en mi blog www.araigneedudesert.fr.

El deseo homosexual, como alejamiento de la Realidad y rechazo a aceptar los propios límites del hombre, de concertar nuestros deseos con los deseos de los demás, hace que las personas que se abandonan a ello terminen por creerse Dios, o Jesucristo, ángeles, genios, poetas divinos marginales, super héroes, hombres invisibles, estrellas e incluso dictadores. Basta con mirar en las páginas web de encuentros para « gays y lesbianas », los seudónimos esotéricos escogidos por los internautas, apodos que abundantemente arraigan en el léxico divino y demonológico. Además, tengo muchos amigos homosexuales – la mayoría ateos – que me confiesan haberse comparado con ángeles o con Jesús desde la infancia. Según ellos, este deseo de convertirse en Dios no es señal ni de megalomanía ni de orgullo alguno. En parte porque está impregnado de una búsqueda del absoluto y lleno de pureza, y en parte porque está nivelado por un potente complejo de inferioridad (teatralmente exacerbado)... El complejo de inferioridad y el complejo de superioridad son los dos extremos de un mismo orgullo : que una persona se adore a sí misma o que se deteste, en ambos casos, no se ama tal como es. Y, al fin y al cabo, cuando aquella persona acaba por enfrentarse a su propia pretensión de creerse Dios, se siente a menudo tentada en retirarse avergonzada del pavoneo de su vanidad, desvalorizándose, en vez de acoger el Amor de Dios que la consolaría de la pequeñez de su condición de criaturas, pero de criaturas amadas y perdonadas. El ensueño de ser el diablo, no es ningún chiste : ¡Lo he oído expresado por mis propios camaradas homosexuales! En un primer momento, ellos mismos se construyen un personaje desvergonzado, un disfraz de carnaval, un juego auto-paródico, pero en el fondo, sufren mucho. Se dan cuenta en sus relaciones amistosas y amorosas que están haciendo cosas que no les representan, se descubren llenos de odio hacia su pareja que ya no aman y que engañan, estiman que viven historias sentimentales complicadas que les alejan de sus ideales profundos, y llegan a la conclusión de que no encontrarán jamás el Amor porque nunca serán dignos de ser amados, estando condenados a sufrir. No existe drama humano más grande que llegar a concebirse como la encarnación del diablo. Esta experiencia, yo creo, se asimila a la experiencia del infierno o la de la locura.

6) **El deseo homosexual como deseo de fusión, como gemelo (en la bajeza y la violencia) del deseo heterosexual, pero distinto del deseo de la pareja hombre-mujer que se aman y del deseo entre un célibe consagrado y Dios**

Echando una mirada hacia el pasado, vemos desde hace un siglo y medio que nuestros contemporáneos han dejado de ayudarnos realmente y correctamente a reflexionar sobre la sexualidad... pero si alguna vez os ha llegado a parecer que la heterosexualidad es la novatada más grande de todos los tiempos y que no todas las parejas hombre-mujer son « heterosexuales », ¡habréis dado con lo esencial de la homosexualidad! Dicho así, esto parece complicado, pero en realidad es muy sencillo ; *vosotros no sois heterosexuales* (y nadie lo es de por vida). Desde finales del siglo XIX, ciertos gremios « científicos » intentan hacernos creer que el mundo ya no se divide entre las mujeres por una parte y los hombres por la otra, sino entre « los homosexuales » – las supuestas minorías – y « los heterosexuales » - la mayoría supuestamente aplastante – (... mas las subcategorías de los « bisexuales, transexuales, *queer*... » ¡porque es necesario abrirse a las minorías de « género » y a todas las experiencias sensuales/identitarias!). En realidad, este parcelar el planeta entre « homosexuales/heterosexuales » es un tremendo espejismo antropológico. La única subdivisión real de la humanidad, la que por encima de todo es

capaz de dar la vida, ¡es la diferencia hombre-mujer! Aceptándolo, ya no tendremos que sustituir los *Derechos Humanos* con los « derechos de los heterosexuales y de los homosexuales ». Por otra parte, quieren hacernos creer que « los homosexuales » y « los heterosexuales » son polos opuestos, sabiendo bien que en realidad son gemelos, incluso desde el punto de vista histórico⁴. Lo que el público en general suele ignorar es que en sus orígenes los términos « homosexualidad » y « heterosexualidad » remitían al mismo deseo – el deseo bisexual – antes de ser contrapuestos tras una absurda confusión (o una voluntad) científico-sentimentalista. Más que designar una norma sexual universal, la palabra « heterosexualidad » pretendía inicialmente defender una sexualidad anti-normativa y disidente, una bisexualidad natural, un « tercer sexo » mostrado como normal. Jonathan Katz, en su ensayo *The Invention Of Heterosexuality* (1995) nos explica claramente que, al principio, la heterosexualidad venía clasificada dentro de la escala de las perversiones al mismo nivel que la homosexualidad: « *Contrariamente a lo que se nos ha dicho, la heterosexualidad no era sinónimo de relación con finalidad reproductiva. Tampoco era asimilable a la diferencia sexual ni a la distinción de género, ni mucho menos era equivalente al erotismo entre hombres y mujeres.* » Podía al mismo tiempo expresar una atracción por ambos sexos o una práctica erótica (masturbación, sodomía, bestialidad, adulterio, etc.) excluyendo la procreación, el matrimonio y la familia. El término « heterosexual » ha sido creado bajo el estímulo de hombres y mujeres libertarios de la Nueva-Inglaterra de los siglos XVII y XVIII, partidarios de lo que ellos llamaban « *el amor verdadero y libre* », empeñados en justificar científicamente un erotismo externo a la relación sexual y ajeno a toda institución estatal o eclesiástica. « Lo heterosexual » no formaba parte de la sexualidad considerada « normal » puesto que era acusado de ambigüedad : « *Se atribuía a estos heterosexuales una disposición mental llamada 'hermafroditismo psíquico'. Los heterosexuales sentían una supuesta atracción erótica masculina por las mujeres y femenina por los hombres. Experimentaban periódicamente un deseo por los dos sexos.* » Tanto la palabra « heterosexual » (sinónimo a la época de lo que hoy se llama « un bisexual », y que en 1892 era un hombre atraído por los dos sexos) como la palabra « homosexual » (persona que después de 1892 se transforma en una persona atraída exclusivamente por los individuos de su mismo sexo), expresan la misma carencia de deseo de volverse exclusivamente hacia los miembros del otro sexo... lo que sorprenderá a una buena mayoría de nuestros contemporáneos, ¡sobre todo con respecto a la primera! Más tarde, el teórico Krafft-Ebing interpretó el término « heterosexual » en función de la diferencia sexual entre los *partners*. Cambió su sentido inicial para transformarlo en sinónimo de « sexualidad normal entre un hombre y una mujer » y oponerlo a « homosexual », aunque paradójicamente, en su *Psychopathia Sexualis* (1886), libro que se podría considerar como el primer *Manifiesto de la Heterosexualidad*, podríamos decir que el término « heterosexual » sigue significando « *instinto sexual contrario* », « *hermafroditismo psíquico* », « *homosexualidad* » y « *fetichismo* ». La defensa de la normativa de la heterosexualidad que la contrapone a la anormalidad/normalidad de la homosexualidad no procede, como se cree corrientemente hoy en día, de personas no-homosexuales, sino en realidad de personas que defienden la legitimidad de un deseo ambiguo orientado hacia ambos sexos o hacia su propio sexo sin pasar a través del reconocimiento social, la procreación y el matrimonio. En definitiva, la invención de la heterosexualidad, como la de la homosexualidad, es de matriz puramente bisexual, libertaria, homosexual y homófoba. En realidad, las parejas

⁴ Dicho sea de paso, el adjetivo « homosexual » apareció por primera vez en 1869 (fecha fácil de recordar...) bajo la pluma de un escritor húngaro llamado Kertbeny ; mientras que el término « heterosexual » aparece al año siguiente, en 1870.

hombre-mujer cuanto más tratan de reproducir esta mítica unión heterosexual, tanto más entran en conflicto y expelen el deseo de su vida. Por otra parte, cabe destacar que, en el lenguaje corriente, un hombre que se revela severo con su mujer y sus hijos, « casoso » y « burgués cortado », será calificado rápidamente de « heterosexual básico », contrariamente a un hombre más afectuoso y menos estático en su modo de vida. Lo mismo se dirá de una mujer superficial (la rubia « chabacana » totalmente superficial, la burguesa estática, la prostituta de lujo), que se convertirá en el arquetipo mundial de la rubia heterosexual al cien por cien. La familia « heterosexual » se compone típicamente del señor papá por un lado, de la señora mamá por el otro, del señorito bebé entre los dos, como debe ser. En los medios de comunicación, « los heterosexuales » suelen ser representados por dos muñecas, Barbie y Ken, envasadas y acopladas una a otra como las muñequitas de casados sobre los pasteles de boda, como sombras chinas en conflicto, como dos siameses compartiendo un mismo busto, como un marido ejecutivo ausente y un ama de casa infeliz, como las parejas pasionales de las comedias románticas, como las uniones frías y fusionales de las películas pornográficas, o finalmente, como la foto de una actriz y de un actor desprendida de la portada de una revista del corazón. Podríamos mencionar a *los Palurdos*, a Cayetana María y Borja Mari separados en el mismo dormitorio, a Brandon y Samantha en su Ferrari rojo, a las parejas gafapastas (= los « progre » o « hipsters » anti-sociales), etc. Todas las uniones que se peleen o ignoren, pero que paradójicamente vivan todavía del mito fusional del príncipe azul en el que se considera la estructura de la « Pareja » como *la* sede de la plenitud, absoluta y placenteramente fácil, merecerían ser llamadas « homosexuales » (si están formadas por dos personas del mismo sexo) o « heterosexuales » (si se componen de dos personas de sexo diferente).

Por esta razón, os invito con vehemencia a que no os calificuéis como « heterosexuales », a que no defináis el Amor verdadero bajo el vocablo de « heterosexualidad ». Y si además distinguís entre los « heterosexuales » del cine y los que yo llamo, a falta de medio mejor, las « *parejas hombre-mujer que se aman* », y si ya no utilizáis más la palabra « heterosexualidad » para defender la grandeza de la familia o de la pareja hombre-mujer, constataréis como de golpe y porrazo los debates sobre la homosexualidad y el Amor acabarán mágicamente por placarse. Porque, a menudo, la oposición maniquea homosexualidad/heterosexualidad exalta a la gente, divide a la opinión pública en dos bandos estereotipados (= los pro-homosexualidad y los pro-heterosexualidad), y, sobre todo, pone en cortocircuito los debates sobre la homosexualidad, puesto que cada campo se apoya en su matriz común de violencia (« ¡Lo que tú dices de la homosexualidad vale también, sino peor, en el caso heterosexual! ») y que el binarismo homosexuales/heterosexuales borra la diferencia de sexos definiendo la humanidad sólo a través de las pulsiones y de los sentimientos, como si fuéramos animales y ángeles.

El concepto de bipolaridad homosexualidad-heterosexualidad, cuyo recurso encubre una crisis de identidad sexual, parece nacer en las sociedades en las que la separación entre el hombre y la mujer es o demasiado sacralizada (¡basta con mirar el caso del Maghreb para comprobar que esta distinción sexista roza la hipocresía bisexual!), o negada y banalizada. En ambos casos, el deseo homosexual se revela como la respuesta hacia nuestra tristeza por la imposibilidad de un encuentro amoroso prometedor.

No tenemos que perder de vista que el pilar ideológico de las leyes sociales que justifican la homosexualidad es la heterosexualidad, término que remite a todas las

alteridades a nivel de la sexualidad, ¡incluída la propia homosexualidad! Para atacarse a la diferencia de sexos, el diablo, en vez de combatirla frontalmente, sigue dos rutas más discretas y aparentemente positivas : sea proponiendo la homosexualidad mediante la instrumentalización erotizada de la amistad, sea disfrazándose él mismo de diferencia de sexos mediante la heterosexualidad. Y el caso es que no podemos negar que, en el lapso de unos pocos dos siglos, ha logrado su empresa. Casi el mundo entero ha confundido la heterosexualidad con la diferencia hombre-mujer. Por eso digo que la heterosexualidad es el diablo: reúne inconscientemente a los oponentes y a los defensores de la *Unión Civil* y del « *matrimonio homosexual* »⁵.

7) **Deseo homosexual como odio de uno mismo, deseo idólatra (por y contra sí mismo), intrínsecamente homófobo**

A - Homofobia como rechazo de su homosexualidad (¡homosexualidad considerada no como un « amor de sí o de una pareja del mismo sexo », sino más bien como « odio de sí », he de precisar!):

La homofobia no es, como se intenta hacernos creer hoy en día, un fenómeno odioso ajeno a las personas homosexuales, ni – las raras veces en las que se plantea como compartido por aquellas personas – simplemente la *consecuencia* de una presión exterior no-homosexual vista como originaria y natural. Es en realidad un *odio hacia sí mismos* (« *homo* », en griego significa « *simil* »; y « *fobia* » remite al « *miedo* » o al « *odio* ») aplicable *tanto a las personas que rechazan su deseo homosexual* (este odio hacia sí mismos es la interpretación de la homofobia más largamente aprobada... pero desgraciadamente es utilizada como base polémica para sacralizar de manera marcada conceptos como « *Identidad homosexual eterna* » y « *Amor homosexual* », las « *verdades fundamentales* » de cada persona homosexual) *como a las personas homosexuales supuestamente « asumidas »*, que piensan inocentemente que una vez superado el *coming out*, permanecerán totalmente al reparo del odio por sí mismas y del odio procedente de sus pares de orientación sexual. ¡Puro espejismo! Sobre todo habiendo visto el nido de víboras que constituye la « *comunidad homosexual* », cuando uno se interesa de cerca por la ambigüedad bisexual de los agresores homófobos si no más que del deseo de violación expresado por ciertas « *víctimas* » homosexuales! La semejanza entre el agresor y el agredido es a menudo tangible en el semblante mismo de las víctimas de estos episodios homofóbicos. Sólo los individuos que no ven claro en su sexualidad pueden sentirse amenazados por una persona homosexual hasta el punto de agredirla. La homosexualidad no es más que el espejo de las sexualidades descarriadas, de parejas hombre-mujer en desorden, de heterosexualidades bisexuales.

Constatación infalible, pero que sorprende: las personas homosexuales se atacan a sí mismas y solamente entre sí. Personas no-homosexuales homófobas, ¿no las conozco! « *No hay locas más locas que las locas que detestan a las locas.* » confiesa con cínica lucidez Jacques Nolot en su película « *La Chatte à deux têtes* » (2002). De verdad, sólo las personas que no están bien con su sexualidad, que son bisexuales, homosexuales inhibidas *así como también* homosexuales « *asumidas* » y activas, atacan a las personas

⁵ Desde julio del 2013, he creado un sitio internet con amigos, *CUCH: Católicos Unidos Contra la Heterosexualidad* (www.cuch.fr), que a primera vista parece de broma, pero que es muy serio y visionario para defender el matrimonio y las parejas hombre-mujer que se aman, para defender el punto de vista de la Iglesia Católica que nunca jamás ha hablado de heterosexualidad (¡sólo defendiendo la sexualidad!).

homosexuales. La agresión homófoba deriva del hecho de que no soportamos reconocer en el otro nuestra propia herida sexual, nuestra propia vergüenza existencial, nuestro propio deseo de practicar la homosexualidad y de creer en su belleza. Y lo odiamos porque nos excita, nos recuerda, por lo que es, por lo que hace (o por lo que nos incita a hacer) nuestra flaqueza, que creíamos invisible. *La homofobia es la homosexualidad practicada o bien creída como verdadera*. Por eso sólo se la observa en el ámbito de la práctica homosexual, o sea en las esferas amorosas y de prostitución. La homofobia está formada por dos instancias sexuales que se hacen eco. « *Cuando tenía 16 años, destruía a los maricones en los parques: a los 20 años, jodía con ellos.* » prosigue Nolot. Aunque nos parezca mentira, « homofobia » es el otro nombre del deseo homosexual, ya que el deseo homosexual es intrínsecamente homófobo : éste dice de un odio de sí mismo que se transformó en « orgullo », en « identidad » y en « amor », para esconderse a sí mismo su indecible « horror ». Para demostrarlo, podríamos hablar del desprecio corriente de las personas homosexuales hacia los chicos afeminados y las chicas juzgadas « demasiado masculinas », del odio del « mundo homosexual » que expresan los individuos homosexuales que se dicen « fuera del ambiente » y que vivirían en pareja supuestamente « estable y feliz ». Se podría enumerar las causas de suicidio entre las personas homosexuales (causas que van más allá de la simple existencia del deseo homosexual), los contextos reales de la homofobia (las agresiones homófobas siempre tienen lugar en los círculos de flirteo homosexual o en los ámbitos de prostitución en los cuales resultará muy difícil para la víctima denunciarlas habiendo sido cómplice de ellas. ¡Estas agresiones nunca vienen desde afuera!).

Podríamos dedicar amplio espacio a la infidelidad como una expresión corriente, en el seno de las parejas homosexuales, de una homofobia interiorizada ; de la falta de amistad en el « ambiente homosexual », saturado por la prostitución y la genitalidad sentimentalizada ; de los numerosos ataques que reciben las raras personalidades que se atreven a presentarse mediáticamente como « homosexuales » (¡recuerdo un montón de ejemplos de cartas con insultos recibidos por ciertos *Vips* homosexuales por el simple hecho de haberse atrevido a abordar el tema de la homosexualidad en público!) ; de la fuerte censura ejercida por parte de los intelectuales y periodistas de la prensa *LGBTQI*⁶ sobre el sentido de la cultura homosexual y de su propia producción artística (lo que se llama pomposamente los « *Estudios gays y lesbianas* » merecería más bien autoproclamarse ! « Comité de Censura homófoba »!) Numerosas personas homosexuales defienden sin darse cuenta los dos pilares ideológicos sobre los cuales se funda tácitamente el « ambiente homosexual » – es decir la creencia en la identidad homosexual eterna (personificada por « los homosexuales ») así como la creencia (mitad irónica, mitad optimista) en la fuerza del « amor » homosexual – para olvidar el mal que se hacen entre ellas... ya que fueron precisamente estos dos pilares los que constituyeron los días más negros de las comunidades homosexuales en el pasado, y que son bombas de tiempo retardado para la actual comunidad homosexual... A modo de funesto ejemplo, en los años 1930 en Alemania, las teorías esencialistas pro-*gays* de Magnus Hirschfeld, que intentaban probar la existencia de una « raza homosexual » con el fin de excusarla, fueron instrumentalizadas por los muy homosexuales nazis.

Al lado de las personas homófobas homosexuales reprimidas, la segunda categoría de personas homófobas – es decir las personas homosexuales supuestamente « asumidas » –, obviamente la más numerosa, no es en lo absoluto identificada socialmente como

⁶ *LGBTQI* : Lesbiana, Gay, Bisexual, Transexual, *Queer* e Intersexos.

« homófoba », porque en los casos de homofobia, se tiene tendencia a dar fe solamente a las buenas intenciones de las víctimas y a las malas intenciones de los agresores, sin mirar los hechos incriminados ni su significación *relacional*. Por consiguiente, todo el mundo es capaz de decir « *NO a la homofobia* » frente a las cámaras de la televisión, de hacerse pasar por un simpatizante « *gay friendly* » o un inocente consumidor ocasional y externo al « ambiente », exactamente como una dulce *Miss España* o un hombre casado bisexual, sin saber lo que son verdaderamente los actos homofóbicos... y así dando circuito libre a la verdadera homofobia.

Desgraciadamente, la homofobia de estos militantes pro-gays no se limita a las fronteras borrosas del « ambiente homosexual ». En nombre de la lucha expansionista contra *su* idea de « homofobia » y en nombre de *su* propia identidad homosexual, éstos ideólogos atacan también a la sociedad en su conjunto, y, en particular, al hombre intelectual, legislador, científico, religioso, ya que les revela a través de sus reflexiones, que el deseo homosexual está estrechamente relacionado con el sufrimiento y la violación. Les gusta calificar al pensador como « homófobo » para desviar la atención. La homofobia se presenta en realidad como la expresión del odio de los célibes consagrados, de las parejas de hombre-mujer que se aman y de las familias (odio tontamente nombrado « *heterofobia* » por ciertas *lobbies* « *pro-life* », de « familiaristas y católicos », tales como el *Instituto Civitas* en Francia).

B - « Homofobia positiva » en la sociedad bisexual « gay friendly »

Junto a las personas homófobas homosexuales reprimidas y a las personas homófobas homosexuales asumidas, existe una tercera categoría de personas homófobas (tal vez la peor) : la sociedad que se dice « heterosexual y *gay friendly* ». Aquella sociedad que defiende el *Gender* o la *Queer Theory* sin saberlo y con toda buena fe⁷. Aquella sociedad que vive generalmente en pareja mujer-hombre (muy a menudo fuera del matrimonio religioso), que defiende la homosexualidad según sus palabras « con distancia y con desinterés personal ». Aquella sociedad que sueña con imponer sin esfuerzo a la humanidad su visión desencarnada, hedonista, relativista y desencantada del Amor. Aquella sociedad que, dicho de otro modo, quiere que todo el mundo pueda « gozar sin límites » de sus sentidos obligándonos tácitamente a estas dos cosas : ser *bisexuales en la práctica* (pero ¡silencio!... ¡nunca se debe nombrar abiertamente estos actos!) y presentarnos como « *enamorados* » en el discurso (mujer, hombre, homosexual, heterosexual, bi, trans, todo esto, no son más que etiquetas mercantiles y caricaturales, comprenderéis... « Lo importante es amar a una persona, sea cual sea su sexo y su orientación sexual »). A ésto se le llama sencillamente homofobia de la *bisexualidad asexualizante*. Según los promotores de esta bisexualidad asexualizante, ya no tendría sentido definir la sexualidad humana en base a nuestra sexuación hombre/mujer, sino que además, ¡ni siquiera estaríamos autorizados a calificarnos parcialmente como « personas homosexuales », aún en el caso que lo seamos realmente! Es la realidad de los deseos la que es negada por esta ideología heterosexual. Incluso la diferencia entre estos deseos sexuales y su no-equivalencia también son negados. Para estos « heterosexuales » *gays friendly*, se trata de defender el « amor », el

⁷ Nacida bajo la presión de ciertas escuelas feministas, esta « teoría » pseudo antropológica, y sobre todo anti-naturalista, emergida en los Estados Unidos en los años 1980-1990, sostiene que la palabra « sexo » es sucia, sexista, reductora, irreal, relativa, cultural, insensata, y que debe ser sustituida por el concepto cambiante, sentimentalista, gafapasta, artístico e indefinible, de « género ». Según ésta, nada sería constante, duradero y seguro, en el dominio de la sexualidad.

« matrimonio », la « familia », las « diferencias », sin añadir el adjetivo « homosexual » detrás, ya que este último es juzgado « reductivo » y « comunitarista » y formaría parte de un lenguaje de « obsesos sexuales ». (Además, el adjetivo « homosexual », incluiría el término « sexual »: ¡pero qué asco! ¡El amor homosexual no se puede reducir a un rollo! ¡El amor homosexual no sería pero para nada sexual! ¡La sexualidad sería un asunto puramente privado y asexual!). La ideología del *Gender* y del *Queer* es inconscientemente homófoba, aunque se presente bajo una apariencia *gay friendly* y libertaria, puesto que tiende a poner obstáculos al reconocimiento del deseo homosexual. Ésta desearía que se practicase una homosexualidad libre de arrepentimiento, sin que se hable jamás de ella. Pretende luchar en favor de la comunidad homosexual sin creer en esta comunidad. De esa forma se podría decir que se trata de una verdadera « homofobia pasiva y positiva », bien intencionada, optimista, practicada por nuestra civilización en vía de bisexualización avanzada ; esta civilización que, con su mejor sonrisa, hace chantaje al *coming out*, practica el *outing*, culpabiliza a los adolescentes y les fuerza a caricaturarse como « gays » o « lesbianas » (para luego poder decir que el *coming out* es algo banal y no merece la pena), impone el modelo comercial gay y conduce al interesado a plegarse al prototipo de la pareja homosexual, todo esto en nombre de la « felicidad », del « amor » y de la « sinceridad » de las personas. Hay cada vez más individuos homosexuales o *gays friendly* que se adaptan a esta forma de pensar homófoba la cual se vuelve contra ellos. Tratan de imponer como modelo amoroso *universal* una identidad homosexual silenciosa, un amor homosexual no-argumentado, no-identificable, *progre*, ahogado en la masa (hablan del « derecho a la indiferencia ») y más ampliamente (¡es una paradoja!) anti-identitaria. Es por ello que opongo resistencia a esta ola ideológica, y que defiendo – sin jamás justificar las realidades a las cuales ellos se refieren – las expresiones « deseo *homosexual* », « persona *homosexual* », « cultura *homosexual* » y « comunidad *homosexual* ».

Lo que me gustaría es que las personas homosexuales se den cuenta que la gente que les aplaude no las ama, porque en realidad no las conoce y cierra los ojos ante sus sufrimientos, ante su deseo erótico. Con los individuos bisexuales o *gays friendly* que no quieren romperse la cabeza » con el tema de la homosexualidad ni abordar sus aspectos « negativos », podemos ver como se le niega a la violación, a través de una pasividad que sin querer conlleva a que los actos homófobos se multipliquen. La historia humana ha demostrado que cuanto más una sociedad ha buscado idealizar/banalizar la identidad y el amor homosexual, más ha terminado por demonizarlos y por atacar concretamente a las personas homosexuales, testigos abrumadores de cada una de las violaciones colectivas escondidas de las que se niega rotundamente la atribución (infidelidad entre hombres y mujeres, adulterios, divorcios, violaciones, incestos, prostitución, guerras, etc.). Es urgente que abramos los ojos sobre el odio hacia sí mismos que revela el deseo homosexual por una parte ; y sobre el hecho de que este odio de sí funda las violencias que se infligen las mujeres con los hombres, y que los seres humanos suelen atribuir a Dios por la otra. En suma, las mismas divisiones que han llevado a las personas homosexuales a no aceptarse ni amarse ellas mismas. Si no se aclaran estos dramas, es un hecho que los mecanismos inconscientes de la homofobia se abatirán mundialmente sobre la comunidad homosexual, tanto en el hemisferio Norte como en el hemisferio Sur. Es exactamente lo que ya se está produciendo. Si no se puede afirmar que una víctima llegará a ser verdugo, se puede asegurar que un verdugo ha sido siempre víctima desde el principio.

Actualmente, se desprecia erróneamente la palabra « homofobia », por el único motivo que se trataría de una palabra-trampa posmoderna, de un insulto o de una acusación infundada. Ataco de falsedad esta creencia. « Homofobia » es una palabra simplemente perfecta. 1) Etimológicamente, nos lo explica todo : en griego, significa primero la fobia o el odio a sí mismo o al gemelo de deseo (es totalmente exacto), y luego, ha llegado con el tiempo a remitir al miedo/ataque a una persona gay y al rechazo del tema homosexual. Ambas definiciones me parecen adecuadas. 2) La interpretación mediática y popular de la palabra « homofobia » se ha alejado por completo de la etimología, ya que para la gente, es considerado como « homófobo » cualquier vínculo entre la homosexualidad y la violencia/sufrimiento, o cualquier oposición a un deseo o una ley apoyada por una persona gay o atribuida a una persona homo. 3) Finalmente, yo diría para concluir que la homofobia es un ataque de una persona homosexual contra otra (o de una persona heterosexual que vive dolorosamente la diferencia de sexos contra una persona homosexual). La homofobia *es* la identidad homosexual (la caricatura del *coming out*, que nos transforma en ángel enamorado o en animal) y la práctica homosexual (la expulsión de la diferencia de sexos acarrea la expulsión de cada ser homosexual). No sólo no tendríamos que huir del tema de la homofobia sino que además tenemos el deber de considerarlo como una oportunidad para hablar de lo que es verdaderamente la homosexualidad !

II - ¿QUÉ HACER DEL DESEO HOMOSEXUAL SI LO SIENTO EN MÍ DE MANERA PERSISTENTE?

Me siento atraído por una persona del mismo sexo que el mío. ¿ Puedo decir que soy homosexual?

En primer lugar, no debemos sacar conclusiones demasiado prematuras sobre nuestra propia sexualidad, sobre todo si tenemos la edad en la que precisamente se está construyendo y no ha encontrado su sintonía. La sexualidad es un misterio, un encuentro y un camino que nos supera. ¡Y menos mal ! Si no fuera una novedad perpetua, si se cumpliera de golpe el día de nuestro nacimiento, ¡no podríamos amar libremente gracias a ella y descubrirla de manera distinta a como nos la habíamos imaginado!

Además, no perdamos de vista que el deseo homosexual es una emoción fácil de sentir para la mayoría de los seres humanos. Si quisiera ser severo, diría que éstos se limitan a una grosera estimulación genital y visual, a un anhelo de masturbación, a un proceso artificial y mecánico, aunque hayan sido embellecidos por la belleza de los sentimientos, de la amistad amorosa. Es la razón por la que muchos de mis amigos homosexuales se regodean tratando de homosexualizar a aquellos que se hacen llamar « heterosexuales », sosteniendo que ¡es un juego de niños convertir a cualquiera ! ¡y que la heterosexualidad es un cuento! ¡Rindámonos entonces al deseo homosexual y no lo consideremos sistemáticamente como un carácter fundamental de nuestro ser profundo y de nuestra vida entera! Porque en efecto, puede ser profundo, es cierto, pero en el 80% de los casos, no es más que la reminiscencia de una bisexualidad adolescente, temporal y universal. Es el síntoma de una masculinidad que aún se encuentra en fase de construcción. Es el espectro de una película pornográfica. Siento mucho desmitificar esta tendencia homosexual, pero en realidad no hay para tanto.

Ya que nuestra sociedad es cada vez más permisiva en cuestiones de sexo y que ha dejado de presentar los actos homosexuales como algo malo, incita mucho a los adolescentes a que prueben la homosexualidad como una moda, a que oscilen de una sexualidad hacia la otra, mientras que en otras épocas o en otras circunstancias jamás se hubiera permitido su actuación con este tipo de iniciaciones sensuales que dejan huella. La mayoría de los jóvenes adultos que viven sus primeras experiencias homo-eróticas, a mi parecer, no son homosexuales, mas llegan a creer serlo a causa de la presión bisexual ejercida por los medios de comunicación y de las ideologías de nuestros medios dominantes. Lo importante es salvaguardar siempre nuestra propia libertad y no dejarnos excesivamente influenciar con respecto a nuestra propia sexualidad. Nadie debería decirnos que el sexo de la persona con quien queréis vivir el Amor es secundario ya que no es verdad. El paso hacia el acto homosexual, si se repite porque se lo banaliza, tiene consecuencias que pueden ser irreversibles a largo plazo. Al principio se hizo « para probar », porque uno se creía « amoroso », sin sentirse real y profundamente homosexual... luego se termina por ser esclavo de la sensualidad, y se acaba dominado por un papel que no le corresponde verdaderamente. La memoria de los cuerpos es poderosa y deja cicatrices. Sed prudentes. La homosexualidad es un amor que banaliza su propia carga de violencia, pero a fin de cuentas es un amor que está lleno de violencia, porque niega la diferencia de sexos e impide la verdadera amistad.

¿ Es necesario que hable de ello con mis padres?

Estoy indeciso sobre esta cuestión. El *coming out* (salida del armario) nunca es un paso evidente y obligatorio. La profundidad de nuestro deseo homosexual, en sí misma, no se puede medir con una simple escuadra. Lo que prevalece en el proceso es el que anunciamos nuestra homosexualidad es sobre todo la libertad: *de* hacerlo o *de no* hacerlo. Cada situación es un caso aparte. Y una buena compañía, ya sea fraterna ya sea sacerdotal, nos permitirá discernir cuál es la mejor solución. El problema más importante que observo en el *coming out*, es que, a menudo, incluso cuando se es sincero y respetuoso, en realidad no es verdadero y libre. No viene precedido de una verdadera comprensión del sentido del deseo homosexual. El *coming out* tiene más bien la tendencia a abandonar al individuo que lo hace, a actuar de forma precipitada e ignorante en lo que anuncia. La transparencia puede liberar pero también puede ser una ilusión de transparencia : la « franqueza », la « sinceridad », la fe en la identidad homosexual y en la pareja de amor homosexual, son mentiras. La solemnidad teatralizada del *coming out* suele encerrarnos dentro de promesas de identidades caricaturescas de nosotros mismos y de falsas perspectivas de amor. Funciona como un autochantaje.

Por esa razón por la cual yo aconsejo el *coming out* si lo único que se quiere comunicar es la existencia de un *deseo* homosexual. El resto, es decir la reivindicación de una identidad sexual fija o de un amor materializado en algún amiguito, resulta banal, inútil y peligrosa, ya que anuncia posibles eventos dramáticos o por lo menos insatisfactorios en el futuro. Es mejor abstenerse de volver a interpretar en familia el sempiterno diálogo de telecomedia que no resuelve el problema y que sólo conmueve a las personas que concretamente lo han intentado (« Papá y mamá, soy homosexual. Si hubiese podido escoger, sería heterosexual, pero en realidad, soy así. No lo he escogido. Quería que supiéseis que os quiero a pesar de todo. [...] y, a propósito, os presento a Roberto. »); Respuesta predecible y recitada de memoria : « No es grave, cariño, no cambia nada

para mí, te queremos tal como eres. Si te sientes feliz así, es lo que más importa. Nosotros estaremos siempre a tu lado para apoyarte. Sigues siendo nuestro hijo... y bienvenido a Roberto tu novio y futuro marido. ») « ¡Corten! ¡Guardamos la secuencia y la difundiremos durante cincuenta años! »

En la mejor de las hipótesis, el *coming out* no debe ser concebido como una finalidad, sino como un inicio : el inicio de una vida difícil y ambigua si se perfila una práctica homosexual. Si decidís hacerlo, yo os aconsejo que lo anticipéis, que escojáis un contexto anodino y desapasionado (no un momento de ira o de ajuste de cuentas), que digáis las cosas de forma simple. Demasiados amigos de mi entorno no han sido lo suficientemente directos con sus padres, han andado con rodeos, han esperado que su homosexualidad fuera adivinada o que fuera descubierta por casualidad. Por esta razón yo aconsejo la carta, que además de dejar una total libertad de reacción a los padres, permite a la persona homosexual hacer un primer ejercicio de auto-análisis de su deseo homosexual, cumplir un acto de amor que no solamente restaure la relación padres-hijo, sino que también reconozca el amor conyugal de los padres biológicos *juntos* (de ahí la importancia que tiene el no disociar el *coming out* dirigido a la madre del que se dirige al padre, como por desgracia suele ocurrir). Sin embargo, aunque admitamos la utilidad de estos consejos, jamás serán suficientes para hacer del *coming out* un éxito.

Muchas veces se olvida que la convivencia pacífica – con padres, hermanos, etc. – no se basa ni en el anunciarla a otros, ni en la propia visibilidad de « homosexuales », ni en las miradas ajenas : éste se funda en el compromiso de amor que sacará adelante la persona homosexual. El panorama social actual da por seguro que el *coming out* es aquel evento que decreta enteramente la felicidad o la desgracia futura del individuo que lo cumpla. Es falso. No son nuestros amigos, nuestros padres, nuestros colegas de trabajo, nuestros espectadores, los que van a vivir nuestro compromiso de amor en nuestro lugar, aunque les queramos mucho y aunque contribuyeran a consolidarlo. Lo que está realmente en juego en la homosexualidad es la vida amorosa y la felicidad de la « pareja » homosexual. El *coming out* no nos ayuda de ninguna manera a resolver la cuestión del Amor, ni a encontrar a la persona correcta. No es más que el principio de todo el problema.

De hecho, una vez que uno revela su homosexualidad, es posible que sienta que se trata de un momento intenso, a menudo difícil, pero también una oportunidad – cuando se hace con dulzura – de un bellissimo acercamiento con los familiares o los amigos. Pero nos damos cuenta de que fundamentalmente nada ha cambiado. Que encontrar el Amor y vivirlo como homosexual, es harina de otro costal. Incluso, tal vez el *coming out* sea un peso suplementario para la persona homosexual que lo efectúa, en la medida en que, desgraciadamente, la mayoría de las veces, oficializa la focalización exclusiva de nuestro proyecto de Amor en la formación de una pareja. Nos lanza hacia un sendero caótico, una ilusión de felicidad, un empeño *muy* pesado : el deseo de constituir una pareja homosexual maravillosa, cuyo amor equivaldría al Amor entre un hombre y una mujer.

Si descubro que mi hijo es homosexual, ¿ qué hacer?

En primer lugar, tenéis todo el derecho a llorar y a estar molestos por su homosexualidad. Es una molestia sana ya que trás la máscara del *coming out* se esconde

un malestar identitario real, una crisis amorosa, un sufrimiento relativo a las amistades de la adolescencia. Vuestro hijo – o hija – puede utilizar la revelación de su homosexualidad para justificar la aventura de vivir amores inciertos y complicados. A través de un modo de vida homosexual, están expuestos a perder la felicidad de ser padres o madres algún día, felicidad que es bien conocida y buscada. ¿Por qué negarlo jugando demagógicamente a la indiferencia desculpabilizada o a la acogida sonriente? Que sea seguramente malsano distribuir las culpas o culpabilizarse tras un *coming out* no debería sin embargo ser una excusa para cerrar los ojos sobre una herida real, un sufrimiento, una llamada de socorro (por más disimulada u orgullosa que ésta sea). El deseo homosexual no es un deseo banal: es el síntoma de dramas, a veces familiares, sobre todo televisivos, existenciales y mundiales. Dramas, eso sí, de los cuales, vosotros padres, no sois del todo responsables. Todos los esquemas psicoanalíticos que reducen la homosexualidad a un asunto de mala educación, de posesividad materna, de ausencia o de autoritarismo paterno, deben descartarse, a condición de que no deje paso a la agresividad. ¡La molestia frente a la homosexualidad vale su peso en oro! Justamente hay que agarrarse a ella. No hay que relativizarla como una enfermedad o culpabilidad insensata.

Además, con el tiempo, una persona homosexual termina siempre por darse cuenta de que será acogida mejor por un cercano que haya recibido la noticia de su homosexualidad sin efusiones de alegría, sino con la gravedad que merecía, que por un amigo que haya manifestado un caluroso y estereotipado entusiasmo juvenil. Como padres, no tenéis que sentir os mal por no aplaudir el *coming out* de vuestro hijo o vuestra hija. Vuestra pena de padre o de madre no es injusta ni egoísta. Puede ser legítima. No lloráis sólo porque renunciaríais a los nietos, por una simple cuestión de imagen social o por el qué dirán, ni porque os montaríais películas sobre el « ambiente homosexual ». No, no es verdad. ¡Lloráis ciertamente por cosas más profundas y más nobles! La felicidad amorosa de vuestro hijo o de vuestra hija no es un detalle! Las lágrimas amargas de una Santa Mónica son bellas y hay que derramarlas. ¡No las retengáis! Estas lágrimas riegan las tierras humanas, denuncian la insatisfacción que siente interiormente vuestro hijo, aunque no lo reconozca, y apagan muchas veces una sed insospechable.

Si alguien de mi mismo sexo quiere ligar conmigo abiertamente ¿cómo debo reaccionar?

A menos que seáis violados, no os pasará nada sin vuestro consentimiento. ¡No corréis ningún riesgo ! En cierta medida, somos dueños de nuestra sexualidad ¡Contrariamente a lo que se oye, los sentimientos se controlan a menudo ! ; ¡asi como el juego de miradas, las pulsiones sexuales y los gestos amorosos también ! Si digo esto es porque en mis casi quince años de frecuentación en el « ambiente homosexual » nunca fui forzado a hacer algo que no quería ; y los asiduos de la comunidad jamás me saltaron encima sin mi consentimiento. Si tenéis las ideas claras y estáis seguros de haber escogido la amistad desinteresada, nada os turbará.

He vivido mis primeras experiencias homosexuales y éstas me han decepcionado o herido. ¿El problema viene de mí?

Después de haber estudiado muchos textos que tratan de la iniciación a la sensualidad homosexual (y no hablo aquí necesariamente de la genitalidad, de la sodomía o de los rollos *trash* : bastan un roce inocente, un sentimiento amoroso platónico, un abrazo, una caricia ambigua, un beso agradable), puedo aseguraros que la « primera vez » homosexual es raramente un éxito⁸ ; y que la relación homosexual dura bien poco. ¿De quién es la culpa? No es culpa de la « sociedad », ni culpa vuestra, y ni siquiera la culpa es de cada miembro de la « pareja ». La culpa es más bien del acto homosexual, de la estructura amorosa homosexual en sí. Y no debe ser triste constatarlo. ¡En realidad es una buena noticia ! El deseo homosexual no pone para nada en duda el valor individual de las personas que componen esta unión, ni la capacidad de cada una de ellas de amar y ser amada con verdad, si bien en otras circunstancias, en un marco distinto al de la práctica homosexual.

¿Existen las parejas homosexuales felices?

Parejas homosexuales satisfechas, sí, y conozco algunas. Son parejas que logran vivir de parcelitas de felicidad auténticas (parcelitas que podemos atribuir, eso sí, sólo a la amistad). Luego, no podríamos decirlas « plenamente felices ». No porque una cosa se demuestre positiva o posible, será necesariamente provechosa ni la mejor para cada cual.

La Grecia Antigua (1200 años antes de J.C.-146 antes de J.C.) ¿es verdaderamente un « modelo » de civilización que prueba que las parejas homosexuales han sido estables y podrían serlo de nuevo si una civilización humana las acepta?

De ninguna manera. La Grecia Antigua era una sociedad guerrera, de tipo esclavista, en la que los actos homosexuales debían limitarse a un ritual iniciático transitorio y desigualitario, muy cercano a lo que hoy día se llama « pedofilia ». Si perduraban, éstos eran muy mal vistos. En tal caso, los que se autocalifican de expertos, y no lo son, que actualmente sacralizan la efebofilia griega harían mejor en volver a los manuales de historia antes de caer en un anacronismo que el mismo Michel Foucault ha denunciado.

En la homosexualidad ¿dónde está el mal, al fin y al cabo?

La verdadera pregunta no es « ¿dónde está el mal? » ni « ¿dónde está lo menos malo? »... o en ese caso, uno podría empezar a justificar cualquier cosa, incluso lo peor, puesto que lo peor encuentra siempre algo aún peor que él mismo! Yo prefiero que se sustituya la interrogación desencantada « ¿dónde está el mal? » por la cuestión vital « ¿dónde está lo mejor? »

Y lo mejor no se encuentra en el rechazo de la diferencia de sexos y de la amistad, las dos mayores riquezas de nuestra vida. Y eso sí que es seguro.

⁸ Os recomiendo la lectura del código « Primera Vez » en mi *Diccionario de los Códigos homosexuales* de mi blog www.araigneedudesert.fr.

¿Qué diferencia hay entre la pareja homosexual y las otras parejas? ¿Por qué el amor homosexual tendría que ser menos hermoso que otro, puesto que es también amor?

De nuevo, haría la pregunta de otra manera : ¿Cuál es, objetivamente, la diferencia entre las parejas homosexuales/heterosexuales y las parejas hombre-mujer que se aman o con el celibato consagrado a Dios? Invocar una objetividad cualquiera no nos llevará a ningún sitio en lo que se refiere al « amor », puesto que el Amor verdadero no se prueba jamás : se experimenta como una evidencia que nos hace libres. Sin embargo, yo veo a pesar de todo cuatro límites casi « objetivos y estructurales » en la unión homosexual, que la muestran *a priori* como menos fuerte que las parejas que viven la diferencia de sexos, y menos fuerte que el compromiso de los sacerdotes y monjas consagrados enteramente a Dios.

El **primero**, es su falta de solidez. Y de esto, por más que se diga, ¡hay pruebas⁹! No es sólo cuestión de la diferencia de sexos entre parejas de hombres y parejas de mujeres.

El **segundo**, es su falta de fundamento en la Realidad. Todas las parejas homosexuales, sin excepción, han desechado el zócalo fundamental de la Realidad, es decir la diferencia de sexos. Y la ausencia de esta diferencia fundadante las fragiliza ; de hecho, las propulsa hacia la inmaterialidad, la desencarnación, lo efímero y la práctica de la infidelidad.

El **tercer** límite que observo es la falta de apertura hacia la vida. La pareja homosexual es estructuralmente no-procreadora, aunque a veces pueda ser fecunda de otras maneras, y que puedan reconocerse los beneficios objetivos de ciertas « paternidades adoptivas ». Es estéril por naturaleza, contrariamente a las parejas hombre-mujer que se aman (a veces estériles a causa de las circunstancias de la vida, y no por naturaleza ni, en la mayoría de los casos, por deseo).

El **cuarto** y último límite, es la falta de alegría. Es el límite menos objetivo de los cuatro, lo que no quiere decir que no sea demostrable. Por el momento, y en lo que a mí concierne, no veo, en las numerosas « parejas » homosexuales que me rodean, aquella alegría resplandeciente que podría esperarse de una pareja de amor pleno, y que contrariamente he encontrado en las parejas mujer-hombre no-heterosexuales y en

⁹ Según el ensayo *Enquête sur la sexualité en France* (2008) de Nathalie Bajos et Michel Bozon, en 2008, en Francia, el promedio del número de *partners* entre las personas homosexuales es de 6,6 parejas entre las mujeres lesbianas, y de 15,4 entre los hombres gays (p. 251). La existencia de relaciones extraconyugales es más frecuente entre las parejas de hombres homosexuales que entre las parejas de sexo diferente. Así pues, 1 hombre entre 3 que vive en pareja con un hombre desde hace más de un año confiesa haber tenido otro compañero en los 12 últimos meses (*versus* el 3,5% de los hombres viviendo en pareja con una mujer). Los hombres homo-bisexuales declaran haber tenido 10,4 relaciones en promedio en el transcurso de las 4 últimas semanas, contra el 8,6 entre los hombres heterosexuales (lo mismo ocurre con las mujeres). Por otra parte, mal que les pese a las mujeres lesbianas que se complacen en pensar que la infidelidad es un « problema de varones », « ellas tienen un número más importante de novias que las mujeres que sólo han tenido novios masculinos. » (*idem*, p. 254) Y en contra de la idea muy extendida (según la cual uno se vuelve más serio al llegar a la edad adulta, que uno sólo se compromete a partir de los 25 años en el « ambiente homosexual »), cuanto más jóvenes, más fieles se es : « Los jóvenes homosexuales son más numerosos que los otros en involucrarse en una relación con fidelidad : el 55% de los menores de 25 años comprometidos en una relación de pareja se declaran en una relación exclusiva. Más tarde el porcentaje desciende regularmente, y después de los 35 años, este modo de vida tiende a volverse minoritario (menos del 40%). Durante los dos primeros años de la vida sexual, el 67% de los casos son relaciones estables y exclusivas. Este porcentaje decae al 35% tras los 15 años de vida sexual. »

ciertos célibes consagrados.

Algo extremadamente difícil de hacer (pudiendo parecer cruel y derrotista) es explicar que el « amor » homosexual, no teniendo fundamento en la realidad, contiene una forma de imposibilidad. No llena, es limitado, está condenado a la insatisfacción general. Sin embargo, atreverse a afirmar la discrepancia entre el « amor » homosexual y el amor entre un hombre y una mujer que se quieren verdaderamente, decir que el primero tiene menor fuerza y menor valor (aunque, mirados por separado, los dos miembros de la pareja homosexual conserven todo su valor, su dignidad, su capacidad de amar realmente) liberaría a muchas personas homosexuales, que se desgastan toda la vida en la búsqueda de una quimera amorosa que les ha sido presentada como el « único remedio » para amar y ser feliz. Bastaría con decirles : « Hombre, el hecho de que el ‘amor’ homosexual sea más limitado que otro tipo de amor no tiene que hacernos creer que el Amor no existe, o que el Amor no te espera a ti personalmente. Sólo se trata de un Amor *distinto* del amor de la « pareja » homo-heterosexual, ¡incluso fuera de la sacrosanta estructura de la Pareja matrimonial », para liberar muchas vidas atadas por la ignorancia y por el miedo.

El « amor » homosexual, aunque sea un amor diferente ¿es un amor auténtico?

Yo creo que siempre habría que distinguir (sin oponerlas) la sinceridad y la verdad. En efecto, podemos querer de todo corazón el bien sin hacerlo ni vivirlo en la práctica (las madres posesivas nos lo ilustran perfectamente: ¡aman tanto que ya no aman realmente!). El Amor verdadero es la sinceridad seguida de actos conformes al Amor ¡no la sinceridad sola! ¡No olvidemos que el infierno está lleno de buenas intenciones. Por consiguiente, debemos juzgar el árbol del amor sexual por sus frutos. Y por el momento, mis amigos homosexuales y yo no podemos decir de verdad y con firmeza que estos últimos sean los más sabrosos que hayamos probado. Es la razón por la cual yo digo que la « pareja » homosexual es más sincera (o si preferís, más intencional, voluntarista, estética, sentimental) que verdadera (es decir auténtica, fecunda, llena, satisfactoria, real, ética). Yo no llegaría hasta el punto de retirarle el estatuto de « pareja »... pero, si quisiera ser purista, podría legítimamente hacerlo¹⁰. El amor es la acogida de la diferencia (de sexos) y nada más.

¿Podemos decir que en realidad el « amor » homosexual no es otra cosa que un rollo, un desfogue sexual egoísta y narcisista?

En su globalidad, no. Pero prioritariamente, sí. Lo siento, pero es la genitalidad lo que

¹⁰ El sacerdote psicoanalista Tony Anatrella, por ejemplo, pone en duda la denominación de « pareja » en el caso de la homosexualidad, prefiriendo el término « duo » (para él, la palabra « pareja » induce sistemáticamente la diferencia de sexos). Por otro lado, el filósofo Fabrice Hadjadj llega a contestar que los actos homosexuales estén catalogados en la categoría « sexualidad », ya que la sexualidad humana, dice él, no se limita a frotar las partes genitales y los cuerpos, ni a una unión sentimental, sino que posee un marco y un horizonte precisos : la composición de una familia natural y de una pareja, en lo ideal en el marco de la Iglesia y de la diferencia de sexos. Comprendo estos argumentos y los acepto parcialmente. Sin embargo, en nombre de los efectos positivos de la sinceridad amorosa y de la confusión entre el amor y la amistad (aunque esta confusión no siempre sea deseable) y también para hablar un mínimo « el lenguaje del mundo », yo no puedo por el momento impedir que a las uniones homosexuales se les llame de « pareja » (los dos amigos que deciden vivir bajo el mismo techo experimentan en práctica algo más que una simple amistad o un « duo ». Tampoco son sólo compañeros de piso...). Por lo cual, según mi manera de ver, es necesario continuar utilizando el término « homosexualidad », basta que se lo sepa insuficiente y se comprenda que, idealmente, nada substituirá la mayor idoneidad de expresiones como « homofilia » o « deseo homosexual ».

prevalece, al fin y al cabo, en la formación y duración de la pareja homosexual. Las uniones homosexuales (¡así como también las uniones heterosexuales!) perduran sobre todo gracias al « buen entendimiento sexual » en la pareja. ¡Desafío a la persona que afirme que estoy equivocado! Las parejas del mismo sexo podrían resumirse en realidad a un pacto de masturbación mutua (más o menos « a largo plazo »). ¡Y por ello el paso del tiempo y el culto de los cuerpos son fuentes tan grandes de angustia en las esferas relacionales homosexuales! En el amor homosexual lo que se busca es la masturbación por medio de un intermediario ¡porque socialmente aquella masturbación mutua es mejor aceptada que la reivindicación de la masturbación solitaria! Cuántas veces, luego de haber separado, una a una, las sucesivas capas de sinceridad y « lindos valores » que nos habíamos impuesto, mis novios y yo, para ocultar nuestro egoísmo y nuestro oportunismo, no obstante todo me he dicho a mí mismo : « Mucho ruido y pocas nueces... Vaya pérdida de tiempo sólo para acurrucarse sobre un muñeco masturbatorio... »

Si en una película o en una serie veo a una pareja homosexual atractiva y que parece risueña ¿qué debo pensar?

Tengo una sola respuesta : ¡Bajad de las nubes! Una película no es la realidad. Parece obvio recordarlo. No obstante, ¡muchas personas, homosexuales o no, se dejan engañar! Lo que nuestra inteligencia es perfectamente capaz de comprender en un segundo, el corazón puede que lo integre solamente al cabo de muchísimos años. Las parejas homosexuales del cine, por mucho que se presenten bajo una forma verosímil y natural (y hoy en día, con películas taquilleras como « Brokeback Mountain » (2005) de Ang Lee, resulta difícil, a menos de ser un monstruo de insensibilidad, no identificarse con los héroes homosexuales de la película y de no creer, al menos por solidaridad humana, en la belleza de su historia de amor). Idealizan lo que viven las « parejas » homosexuales en la realidad. ¡Es una publicidad engañosa, pura propaganda, ya que a estas comedias románticas les falta mucho para reflejar la realidad!

Pero ¿por qué me quedo un poco melancólico después de haber visto una película conmovedora sobre la homosexualidad, o después de haber estado en contacto con una pareja homosexual muy maja durante una velada, o incluso después de una calurosa *Gay Pride*?

Generalmente, esta tristeza proviene en realidad del hecho de que la pareja homosexual no es el 100% mala ni repulsiva, que el mal producido por los actos homosexuales no es flagrante, y que éste puede ser cometido por seres humanos que individualmente son adorables, cariñosos, que saben convivir, finos, sensibles e incluso chistosos. Finalmente, estos « amores » entre chanzas y verdades nos recuerdan lo arbitrario de nuestro perfeccionismo, la sequedad de nuestras exigencias amorosas, exigencias que habrían de ser dirigidas hacia la búsqueda de lo mejor. Es normal que nos molesten, que nos rompan un poco el corazón al principio. Ahora bien, la belleza de ciertas películas sobre la homosexualidad, de ciertas parejas homosexuales (¡a veces más ejemplares que muchas parejas hombre-mujer a nuestro alrededor!), de ciertas amistades que podemos entablar con tal o cual persona homosexual, ¡es algunas veces real! ¡Nadie – ni sobre todo yo – os pide que la pongáis en duda! Lo que me parece importante es que intentéis tener en cuenta la realidad, como acabo de señalarlo un poco más arriba, entre la

realidad y la ficción, y también entre la amistad y el Amor, entre la empatía y la justificación, entre la relación sincera que mantenéis con esa persona homosexual y lo que con ella se vive en amor (¡ya que son dos cosas muy distintas!). El calor comunicativo de una tertulia amistosa no nos dice exactamente lo que pasa en la intimidad y en lo cotidiano de una pareja... ¡y ciertas parejas, homosexuales como heterosexuales, son maestras en guardar las apariencias frente a los demás! Cuando encuentro, y esto suele ocurrir de vez en cuando, a «parejas» homosexuales que resplandecen aunque sea un mínimo y que parecen consistentes, intento siempre ir más allá de mi primera impresión para confrontarlas con la realidad, con tiempo y, en general, cuando dejo de entretenerme con mis propias ilusiones sentimentales y de seguir la corriente de mis pulsiones sexuales, y me doy cuenta de estar yendo directamente hacia el mismo sitio, obtengo muchas sorpresas inesperadas! Entonces, claro está que toda pareja, homosexual o no, vive tensiones. ¡Pero en el caso homosexual, no son pocas! Descubro que las parejas homosexuales de las que hablo, sin ser catastróficas, se pelean por una nadería, o, al revés, se fastidian y se llevan « como simples amigotes », ¡incluso se consideran « alegremente infieles » ! Y en el caso de « parejas » que no conozco pero que son aplaudidas por algunos militantes *gays friendly* (se trata generalmente de uniones ficticias, que viven en no sé qué rincón de España o de América Latina, cuyo rastro se ha perdido misteriosamente, o de construcciones mentales de gafapastas adolescentes que defienden a sus amiguitos televisivos), no manifiesto nunca un escepticismo glacial. Al contrario : me alegro sinceramente de la probabilidad de su existencia y propongo un encuentro real : « ¡Genial ! ¡Si se quieren verdaderamente, presentádmelas, y juzgaré en persona ! » Por ahora, ¡qué casualidad ! nadie todavía ha respondido positivamente a mi invitación...

Cuando doy mi opinión sobre la homosexualidad, si me quitan la palabra diciéndome : «Bueno ya vale. Lo que dices sobre los homosexuales es igual o todavía peor que sobre los heterosexuales, ¿qué les contesto?»

Yo os sugiero que aprovechéis la oportunidad para hablar de la heterosexualidad – ¡tema muy ignorado! – y sobre todo no para contradecir a vuestro interlocutor, sino al contrario para coincidir con su punto de vista : « ¡Es verdad lo que dices! ¡Es exactamente lo mismo con los heterosexuales, puesto que los deseos homosexuales y heterosexuales son gemelos (históricos y de violencia)! » Pero debéis añadir: « En cambio, no ocurre en las parejas hombre-mujer que se aman ni con los célibes consagrados. » Y, luego, acabar con la explicación (¿larga?) de la heterosexualidad que os he expuesto más arriba. ¡Ánimo, que vale la pena!

¿Qué debo pensar de la ley sobre el matrimonio entre las personas del mismo sexo? ¿A priori, hay que estar en contra del matrimonio gay?

Bueno, para empezar, yo prefiero sumarme al pensamiento militante homosexual actual respecto a quienes odian la expresión « matrimonio gay », y hablar más bien de « matrimonio » y basta, de « ley sobre la apertura del matrimonio a las parejas del mismo sexo », o mejor, de « supresión de la condición de alteridad de sexos en el

matrimonio », para evitar toda ambigüedad¹¹. Para responder claramente a la pregunta, yo no puedo estar *contra* el matrimonio para las parejas del mismo sexo.

No se puede estar contra una realidad que no existe, y que no existirá ni aunque la ley establezca una unión humana de este tipo, puesto que el matrimonio *es* la diferencia de sexos: no hay sexualidad sin esta diferencia en ella. El matrimonio civil y religioso induce a la filiación biológica (al menos como horizonte concreto... lo que incluye a las parejas mujer-hombre estériles, que tienden hacia este don de la vida por la realidad de la complementariedad de sus cuerpos). Ahora bien, la estructura conyugal homosexual no la permite : puede tener en teoría el deseo de amar, pero no tendrá de todas formas a la Naturaleza de su lado. Tampoco estoy *contra* la llamada « familia homoparental », ya que también, en ese caso, debería existir para poder oponerse a ella.

La « pareja » homosexual no es procreativa y no fundará jamás una familia natural. En última análisis, yo no estoy contra el matrimonio entre dos personas del mismo sexo, sino únicamente contra la ley que propone la apertura del matrimonio a las « parejas » del mismo sexo. Dicho de otra forma, estoy contra el « derecho (para todos) al matrimonio ». El matrimonio no sólo es un deseo o un derecho : es una realidad que se ha de respetar y que no corresponde a la realidad de cualquier situación humana. No se puede alcanzar aquel compromiso si no se aceptan sus condiciones y sus límites corporales.

Además, diciendo esto, no me estoy oponiendo en absoluto a las reivindicaciones de las personas homosexuales pro-matrimonio. Al contrario de lo que muchas de ellas creen, no desean el « matrimonio » más que yo : no piden otra cosa que el *acceso al matrimonio para todos aquellos que lo desean*. No exigen otra cosa que un símbolo. ¡El matiz es importante! Reclaman el *derecho al matrimonio* y no el *matrimonio en sí*. Yo, si fuera un ministro lógico, los tomaría al pie de la letra, y no les daría en consecuencia el matrimonio: les daría el justo derecho de reclamarlo. ¡Y nada más!

Últimamente, una amiga no-homosexual pero *gay friendly* me ha dicho cínicamente : « No sirve para nada dar tu opinión sobre el matrimonio. ¡Vais a obtenerlo de todas formas! » Yo le he respondido : « ¿En serio? Porque ¿estamos obligados a aceptar un ‘regalo’ por las buenas y por las malas? ¡Ahora me entero! » La violencia del « matrimonio para todos », es que paradójicamente, es una *propuesta obligatoria*.

Nuestros dirigentes y mucha gente *gay friendly* no se dan cuenta que el derecho a este matrimonio asexuado no sólo ignora la dolorosa realidad de las personas homosexuales, sino que además la complica mucho más, puesto que concretamente, ofrece a los niños un mínimo de tres padres. Autoriza que ciertos críos no conozcan nunca a su madre o su padre. Es un escándalo. Yo no quiero que mi homosexualidad sirva de pretexto a esta masacre genealógica.

Quisiera volver ahora al tema de los argumentos contra esta legislación europea del « matrimonio para todos », argumentos que generalmente no brillan por su inteligencia

¹¹ ¡Para los militantes pro-gays, el « matrimonio homosexual » no existe sino en el espíritu de sus opositores! No quieren un « matrimonio específico para los homosexuales », un matrimonio rebajado, sino un « matrimonio y punto » o un « matrimonio para todos aquellos que lo deseen ». Su sinceridad les hace insistir en la universalidad – y en consecuencia, según ellos, ¡la bondad, la democratización y el desinterés particularista! – de su iniciativa. Todo esto no cambia casi nada en el desenlace concreto de la ley, ni en el egoísmo de su presunción, pero bueno ... ¡los vamos a complacer, por una vez!

y su osadía. El problema no viene de nuestra oposición en sí, sino de la *forma* que le damos. Yo distinguiré dos «argumentos de mal pagador» (los llamo así porque plantean evidencias que no originan ningún debate, y porque no nos ayudan ni a hablar explícitamente del deseo homosexual, ni de los actos homosexuales, ni de la discrepancia entre la pareja homosexual y de la pareja hombre-mujer que se aman). El primer argumento demagógico de *LMPT (La Manif Pour Tous)* consiste en probar que no somos homófobos. Constituye una confesión de homofobia ya que los que se justifican excesivamente de no ser homófobos acaban por serlo : se empeñan más en luchar contra la fama de homofobia que contra la homofobia en práctica, y no se atreven a describir abiertamente los comportamientos homosexuales. Luego, el otro argumento de mal pagador, es aquel del discurso familiarista y naturalista que estriba en el hecho de callar las motivaciones reales de la ley (el «amor», el nivelamiento entre heterosexualidad y homosexualidad) y de limitarse al terreno natalista de la familia y del niño, o sea el terreno de las consecuencias del «matrimonio gay»: «No queremos que se abra el matrimonio a las parejas homosexuales porque estamos en contra de la consecuencia de la adopción, es decir, la redefinición de la familia, etc.» Con un enfoque biologista tajante, se induce a nuestros gobernantes a que corten la ley en dos. Ellos nos contestan con su cinismo habitual: «Si lo único que os molesta, es el niño, casaremos a las parejas homosexuales primero, y en un segundo tiempo, a lo mejor discutiremos con vosotros las consecuencias sobre la familia.» Además, los opositores al «matrimonio para todos» que sólo se valen de la familia para justificar su combate, dan tácitamente su aval al *pacto civil (PaCS)* en Francia, la *unión de hecho* en España, etc.) que es el primer peldaño hacia la ley de «apertura» del matrimonio.

En sí, no es un argumento malo hablar de la filiación, ya que constituye una consecuencia importante de la nueva ley. Tampoco es un error sostener que el matrimonio no sólo es una cuestión de sentimientos sino que también concierne a la composición de una familia y a la fecundidad de una pareja hombre-mujer. Pero con esto argumentos, no enfrentamos al «discurso de enfrente», basado principalmente en una ideología sentimentalista que defiende un amor asexuado, la creencia en la heterosexualidad/la homosexualidad, y la libertad individual. Entonces, si la parte antagonista tiene el poder, ¡hace lo que le da la gana sin escucharnos y sin comprendernos! Para nuestros políticos socialistas, la familia es una realidad de segundo orden. Prefieren defender el «amor». Los anti-matrimonio-para-todos no se han percatado de esta deficiencia argumentativa y han seguido hablando del niño. Es más práctico. Y sobre todo, temen ser acusados de «homófobos». En Francia, desgraciadamente, no se ha hablado preliminarmente de los límites de la pareja homosexual, del carácter no-procreativo de la conyugalidad homosexual, de la realidad y de la naturaleza violenta del deseo homosexual. No se ha discutido claramente de la heterosexualidad y de la violación de los *Derechos humanos* que constituye la Unión Civil. ¿Entonces cómo aparecer creíbles en nuestra oposición al «matrimonio para todos aquellos que lo piden»?

Si un día toda Europea aprueba la ley sobre la apertura del matrimonio a las parejas homosexuales – y legislativamente/mediáticamente, todo parece concurrir a ello –, no creáis que esto se traducirá en un drama inmediato, que va a horripilarme. Lo peor, es que justamente este tsunami civilizacional parecerá un falso fracaso y una falsa victoria, respectivamente para ambas partes. Aparentemente, esta ley no cambia casi nada. Ni siquiera da materia para armar un escándalo, puesto que no es más que una revolución de broma, un pobre suceso de gacetilla que ocupa la portada de la prensa gay o

izquierdista durante no más de algunas semanas, una farsa suplementaria en la carrera desenfundada hacia los « derechos *LGBTQI* » y hacia la « Igualdad » que se impone demagógicamente a las personas homosexuales para relegarlas aún más en el silencio y que ellas no puedan seguir quejándose, dado que tienen la boca llena. Una ley de ese tipo no modificará en nada su realidad, su cotidiano (la Humanidad y el Amor no cambian por una simple decisión legislativa). Una vez votada la ley, una « pareja » homosexual permanece no-procreativa e incapaz de dejar una descendencia de sangre, incapaz de vivir un amor concreto y lleno. Y la autorización de « casarse » no aporta más amor a las parejas homosexuales que antes. La banalidad de la punzante derrota del matrimonio homosexual ya había sido anunciada por la insignificancia del contrato de *Unión civil*. En cambio, los verdaderos dramas y las verdaderas heridas, se ven socialmente con el tiempo ; puesto que una sociedad humana que deforma ciertas realidades antropológicas (como la diferencia de sexos, la familia, la pareja, el nacimiento, el Amor) a través de leyes universales inútiles y alejadas de la Realidad, se prepara a ignorar a los seres humanos, a vivir una crisis económica grave y a acoger con los ojos cerrados formas inéditas de disturbios. Sólo la Realidad apacigua verdaderamente, respeta a las personas. Los fantasmas siempre generan violencias inesperadas, angustias incontrolables. ¡Sobre todo si gozan de un estatuto legislativo cuanto más « inatacable » que se dan una apariencia universalista y « heterosexual »! ¡En mi alrededor, las situaciones concretas de las personas homosexuales que conozco y que quieren « casarse », « tener » un hijo, o adoptar, son lo suficientemente estafalarias para que puedan inquietarme!

¿Puede ser correctamente educado un niño por una pareja del mismo sexo?

La cuestión no es saber si es *posible* que dos personas del mismo sexo se casen o si un niño pueda ser educado correctamente por una « pareja » homosexual, ni si las « parejas » homosexuales estables existen. Son muchos los escenarios posibles ; pero no todos son provechosos ni mejores. Lo que importa, es sobrepasar los hechos aparentes para examinar su sentido y sus probables consecuencias ; es saber si la « pareja » homosexual es el elemento más sólido para el bien común de una sociedad, lo más benéfico para que un niño acceda al gusto por las diferencias esenciales. ¡Y concretamente, no es el caso! Ni para vivir el Amor, ni para educar a alguien en el respeto por las diferencias, puesto que la « homoparentalidad » ha excluido la diferencia de sexos, la que abre posteriormente a todas las otras diferencias. Y tampoco lo es cuando se examina la solidez de la mayoría de las parejas homosexuales, porque hay mucha infidelidad en su seno. Las estadísticas lo confirman. Es un hecho probado. Siento mucho decirlo, pero en su conjunto, no son parejas sólidas. Y además, creo que un niño, para desarrollarse lo mejor posible, necesita no solamente conocer a sus dos padres biológicos, sino que *además* que estos últimos *se quieran con amor* (¡la sola diferencia de sexos no basta!). Es el amor encarnado lo que prevalece. Si nuestro papá y nuestra mamá de sangre no se aman, siempre será una crisis terrible. Mi experiencia de profesor de instituto desde hace ya algunos años, me ha permitido darme cuenta de la importancia para todo ser humano de saber que su origen biológico y su origen amoroso están plenamente unidos. En caso contrario, es un verdadero drama para él. Aunque la paternidad adoptiva conlleva beneficios innegables, ésta no compensará jamás la paternidad biológica coronada en el amor corporal. ¡Y todos los padres adoptivos lo reconocen con humildad!

¿ Hay que tener miedo a los debates con los militantes homosexuales?

De ninguna manera. Los pocos militantes agresivos lo son cuando esperan respuestas más verídicas y más firmes de nuestra parte. Y de tanto escuchar sus debates sobre la homosexualidad, me doy cuenta de que dominan muy mal el tema, que se refugian detrás de un pensamiento único, de un odio profundo hacia la bipolaridad homosexualidad/heterosexualidad, de esloganes aprendidos de memoria y de palabras mágicas (« igualdad », « libertad de escoger », « progreso », « cambio », « tolerancia », « diferencias », « géneros », « homofobia », « juicio », etc.) para no argumentar. ¡En realidad, están muertos de miedo de tener que justificar tantas falsedades ideológicas... y todos los actos violentos que les hacen cometer!

¿Qué responder al contundente argumento de la « igualdad » y especialmente de la igualdad de derechos ?

A mi juicio, se ha de recalcar que la igualdad de derechos no es la igualdad de identidades. Un derecho no es un hecho. Ya sé que la palabra « derecho » comienza por la misma letra que la de « deseo ». ¡Pero como todo el mundo sabe, nuestros deseos no se hacen siempre realidad. Yo me permito recordar, a aquellos que repiten como loritos que la Diosa Igualdad « *no espera* » (era el eslogan de la *Gay Pride* parisina de 2012), que la igualdad no es una realidad, ni una cosa buena en sí : existen *buenas desigualdades* (que se llaman de hecho « diferencias », y que nos permiten justamente la relación, las mezclas, la cultura, la apertura, etc.), como también pueden existir *igualdades muy injustas* (se llaman « uniformidad », « conformismo », « negación de la diversidad de personas, identidades, necesidades y situaciones », etc.). La violencia de aquella « igualdad » pro-gay, que se anuncia paradójicamente como una obra de justicia, debe, por esta razón, ser denunciada. No se puede anunciar en la misma frase que « se han de respetar todas las diferencias pero que de todas formas las diferencias no existen puesto que somos todos iguales ». La « igualdad de oportunidades » tampoco se tiene que promover : los militantes *gays friendly* quisieran ofrecer a todos la « oportunidad de casarse » o la « oportunidad de ser padre », sin reconocer que para acceder al matrimonio y a la paternidad es imprescindible reunir ciertos requisitos corporales y reales. No todos podemos ser amantes o padres por un simple deseo.

¿ Está diciendo que el lobby homosexual¹² quiere homosexualizar a todo el planeta?

Sí y no. Por un lado, en sus ambiciones totalitarias, este grupo de presión considera a los no-homosexuales como hipócritas. Por eso desean « convertir » discretamente a todos « los heterosexuales » para que salgan de su cortapisa familiarista y que descubran por fin « al homosexual que dormita en ellos ». Y por otra parte, por realismo, y también

¹² Yo discuto la importancia del supuesto « lobby homosexual ». Para demonizar la comunidad y fundar su paranoia, muchos oponentes del « matrimonio gay » fantasean con una mafia rosa subterránea, invisible, masónica, infiltrada en la política y en los medios. ¡No hay para tanto! No se puede negar que la comunidad *LGBTI*, aunque es minoritaria, tiene una influencia real en cuanto a las esferas de poder. Pero la verdad, es que es un conjunto muy dividido y frágil en su interior, y desde el punto de vista exterior, sólo tiene la potencia que la sociedad hetero-bisexual *gay friendly* le concede. ¡No nos equivoquemos de enemigo! El llamado « lobby *LGBT* » es simplemente el « lobby heterosexual ».

para que esta homosexualización planetaria no pase a los ojos del mundo por una ideología homosexo-céntrica sospechosa, prefiere recurrir a una propaganda más sutil que involucre también a sus maestros heterosexuales. Hay que saber que ambos campos, homosexuales y heterosexuales, intentan transformar el conjunto de los humanos en bisexuales angélicos. « Poco importa a quien se ama : lo importante, es amar ». ¡El sexo no tiene nada que ver en eso! Como ya lo he explicado en el párrafo sobre la homofobia, a través de la « lobby gay », se trata de que todo el género humano sea orientado hacia una *bisexualidad asexualizante*. « *De todas formas, el siglo veintiuno será bi o no será.* »¹³ ¡En consecuencia, sin saberlo, la comunidad homosexual « bisexualiza » y castra todo el planeta... tirando así piedras sobre su propio tejado!

¿ No cree usted que la *Gay Pride* da una mala imagen de la homosexualidad?

La cuestión de la *Marcha del Orgullo gay* me parece ser un debate-parásito de la homosexualidad, programado para que no podamos hablar del deseo homosexual ni de los actos homosexuales, ya que antes de plantearse la necesidad de exhibir la homosexualidad, es ante todo necesario preguntarse si es menester que se practique, ¡incluso en la intimidad! Y yo creo que ya constituye un problema en privado. Por lo que he visto, la *Gay Pride* es un momento más bien simpático, tan embriagador y ligero como un carnaval entre amigos ; no hay que hacer una montaña de un grano de arena. En cambio, lo que me molesta verdaderamente, es que en general, los detractores (¡anti-homosexualidad y también pro-homosexualidad!) se sirven de ese acontecimiento como maniobra de dispersión para no tratar de las realidades de la homosexualidad, para desplazar el debate a propósito de los actos homosexuales sobre el terreno de la visibilidad, como si existieran dos comunidades homosexuales totalmente distintas, la pública (= depravada) y la discreta (= sagrada y lícita) : « Los homosexuales bien hagan lo que quieran... ¡lo importante, es que esto no se vea, o que no provoque un escándalo! ¡La sexualidad pertenece a lo privado! Yo conozco a homosexuales muy ordinarios que viven su amor en plena luz, ¡sin pasearse con una pluma en el culo! ¿Por qué los medios enseñan solamente los excesos de la homosexualidad? » ; « El *Gay Pride* es una forma útil para hacer progresar nuestros derechos y darnos a conocer, aunque no sea mi manera de enseñar la homosexualidad... » ¡Ahora bien, si la homosexualidad he de molestar, no tiene que ser prioritariamente a causa de su imagen (de lo contrario, ya podríamos justificarla totalmente desde el momento en que deja de ser visible) mas únicamente en relación a los actos y a la felicidad de las personas!

¿Es justo hablar del « mundo homosexual »?

Con la llegada de Internet y los trastornos que ha producido en las modalidades de encuentro entre personas homosexuales, uno se percata rápidamente que el « ambiente homosexual », no son sólo las infraestructuras de acogida oficiales de la clientela *LGBTQI* (bares, clubes, locales asociativos, festivales de cine...) sino también todo lugar donde el deseo homosexual es experimentado (incluso la habitación del internauta aislado en pleno campo, el bosquecillo de encuentros clandestinos, un hotel, un área de descanso en la autopista, los servicios públicos, etc.). En resumen, el « ambiente homosexual » es el deseo homosexual. ¡Nada más sencillo! Y todos los que lanzan

¹³ Claude, una de las heroínas lesbianas de la novela *Des chiens* de Mike Nietomertz, Ed. Gaies et lesbiennes, Paris, 2011, p. 63.

invektivas contra él – es decir la mayoría de las personas homosexuales – dan prueba de homofobia inconscientemente. Se vanaglorian de estar «fuera del ambiente» (¡generalmente están metidos dentro hasta las orejas!) para seguir negando el sentido de su deseo y de sus actos. Por esta razón, les animo verdaderamente a que no nieguen la existencia del «ambiente homosexual», a encontrarlo, y a amar a la gente que forma parte de él, aunque ella no lo asuma.

Y creer en la « cultura homosexual », ¿no es finalmente justificar y esencializar el deseo homosexual, darle demasiada importancia y encerrarse en el tema, en una identidad, en un gueto?

Yo creo que no. Y lo vuelvo a decir, eso depende de lo que se haga del deseo homosexual y de la importancia que se le da en su vida. En mi caso personal, el acercamiento a las personas homosexuales y a las obras que crean me vuelve cada vez más libre. Verdaderamente. La cultura homosexual existe, no como identidad antropológica, ni como «conjunto de verdades sobre los homosexuales», sino sencillamente como deseo no-fundamental pero existente y serio, como realidad universal. Y, el deseo homosexual, es real, se estudia y deja, por su flaqueza, pasar la luz de Dios. Por ejemplo, cuando digo que una obra artística es « homosexual », no es de ninguna manera según un sentido esencialista, construccionista, moralizador, sino sencillamente en su sentido deseoso y simbólico¹⁴. La cultura homosexual, cuando no es instrumentalizada para justificar una mítica identidad homosexual eterna o el « amor » homosexual, es una verdadera mina de oro. Es expresión de un deseo homosexual que hay que analizar, reconocer como particular, pero que no se debe esencializar bajo la forma de una especie humana aislada, ni de deseo estable útil a la construcción de una sociedad humana feliz. Por ejemplo, ¿se podría hacer pasar por el tamiz de mi *Diccionario de los Códigos homosexuales* a toda la producción artística y literaria homosexual, y la gente vería el valor universal de las cavernas de Alí Babá que muchas personas homosexuales conservan encerradas en sus bibliotecas, en sus DVDtecas en sus universidades!

¿Se puede ser homosexual y feliz?

¡ Claro que sí! ¡ Si no, yo no existiría! ¡ Y vosotros tampoco, obviamente! Digamos que la felicidad no es confortable, y nunca lo ha sido. Además, la herida homosexual no es bonita en sí. Pero si se da sin practicarla, es otra cosa. Las grietas de nuestro ser dejan pasar mejor la luz. El don de nuestras heridas a los demás y a la Iglesia, no es nada más que el Amor verdadero y la felicidad completa.

Bien, pero ¿cómo se puede ser feliz siendo homosexual?

Yo no tengo una varita mágica de antemano que proponeros. Sólo puedo mostraros una dirección en la cual creo. ¡ Eso sí! Y este rumbo único podría desplegarse en cuatro vías

¹⁴ Calificar una obra de « homosexual », es bastante sencillo. Me baso sobre tres criterios (sabiendo que estos tres criterios serán siempre insuficientes y no compondrán jamás una « causa de homosexualidad » o el retrato-robot de una « especie homosexual »): 1 – la homosexualidad conocida o latente *del autor*; 2 – el tema de *la obra*, o bien la homosexualidad confirmada o latente de uno de los personajes; 3 – la orientación homosexual *del público* apuntado por esta obra o que se reconoce en ella.

de felicidad posibles:

La *primera*, es el camino del **desierto**: un tiempo de pausa, de privación, de « *no flirt* » que uno se impone libremente, para encontrarse a sí mismo, reflexionar sobre sus impulsos interiores, y escoger, dejar de pensar que valdremos algo solamente si gozamos genitalmente o si estamos en brazos de « alguien ». En resumen : ofrecerse un verdadero tiempo de descanso y de libertad antes de amar y de entregarse completamente. ¡ Esto será un excelente punto de partida ! Una excursión al desierto.

Mi *segunda* propuesta es la de la **reflexión sobre el deseo homosexual** y de la **acogida de la cultura homosexual**. Para ser verdaderamente libres con respecto a su deseo homosexual, aconsejo, en efecto, no negarlo, ni él, ni su funcionamiento, y sobre todo, no alejarse del « mundo homosexual », no huir de las personas que sienten el mismo deseo que nosotros, no evitar el *Gay Pride*, ni el barrio madrileño de Chueca. Es apasionante ir en busca del sentido profundo de la homosexualidad. Ya que, de esta forma, se llega a no demonizar ni a idealizar su deseo homosexual. Además, uno se asume plenamente y no se deja invadir por sus pulsiones homosexuales, ya que siente que puede reciclar su deseo homosexual de manera útil, original y divertida.

En *tercer* lugar, para vivir verdaderamente de las ventajas de la homosexualidad, propongo desarrollar la **amistad** : la que permitiría darse cuenta que la comunidad homosexual tendría todo su sentido si y solamente si las personas homosexuales se diesen la oportunidad de no salir/fornicar entre ellas. Ya que efectivamente, la homosexualidad practicada muestra la cantidad de amistades verdaderas que son impedidas/desperdiciadas en nuestro mundo ultra-erotizado que ve la genitalidad por todas partes. Ya no se deja a los individuos igualmente sexuados la libertad de tocarse y encontrarse gratuitamente, sencillamente, sin ambigüedad. Y se fomenta de esta forma mucha frustración, mucho aislamiento, individualismo social homosexualizado. Por eso, yo creo que la amistad es el único antídoto contra la homofobia, el medio más eficaz para que el deseo homosexual sea verdaderamente aceptado socialmente y bien vivido por las personas homosexuales, el único tesoro para justificar la existencia y la defensa de una comunidad específicamente homosexual. Yo, que he podido encontrar, gracias a mi homosexualidad y a mi exigencia de amistad desinteresada, a hermanos verdaderos en el « ambiente homosexual », hablo con conocimiento de causa.

El *cuarto* y último camino de la felicidad que indicaré a las personas homosexuales – el que tiene mi preferencia, y lo digo sin escurrir el bulto, no solamente porque yo lo vivo concretamente sino también porque la Iglesia católica a la que pertenezco lo designa como el « Camino real » para toda persona homosexual –, es la posibilidad de la **continencia**, es decir la renuncia a la genitalidad y al afecto homosexuales para ofrecerlos totalmente a Jesús. Detallaré a continuación mi experiencia de la continencia y el mensaje de la Iglesia con respecto a la homosexualidad en el tercer y último capítulo de esta « pequeña guía práctica ».

Para terminar este capítulo, a pesar de todo, hablaré de la opción por la **unión homosexual** como camino de felicidad para vivir el deseo homosexual. A pesar de las apariencias y de las críticas que he hecho de ella, no la prohíbo ni la demonizo. En efecto, yo creo que mi discurso, si se comprende y no es acogido con rebeldía, puede servir, en el mejor de los casos, como instrumento orientativo para la unión (o del proyecto de unión) homosexual ; y que no solamente no se opone a la construcción de

una « pareja » homosexual sino que, tal vez, la hace posible ; póngase como condición previa. Ya que él que examina en su (futuro) novio o su (futura) novia homosexual los límites objetivos del deseo homosexual, se prepara muchísimo mejor a soportar las contradicciones del acto homosexual, a comprender las decepciones y el cansancio que se instalan en su pareja, a « vivir con éstos » lo mejor posible, y finalmente a comprometerse duraderamente con el ser amado... Ciertamente, incluso con esta toma de conciencia del peligro del deseo homosexual, la estructura conyugal homosexual seguirá, a mi parecer, siempre insatisfactoria y débil. Pero al menos, yo creo que llegará a ser más suave, bastante agradable y relativamente equilibradora. Dicho esto, aclaro que la « pareja » homosexual no será jamás la mejor situación para que una persona asimismo homosexual pueda vivir existencialmente satisfecha, lo mejor que una persona homosexual pueda vivir para estar existencialmente satisfecho. No es mi intención engañaros.

III – SI SOY CREYENTE Y HOMOSEXUAL, ¿ QUÉ HACER?

Se me trata de « homóforo » cuando hablo de homosexualidad, y se sirven del hecho de que no soy homosexual, o que soy católico, o que soy un hombre, o que soy una mujer para no escucharme. ¿Qué solución tengo?

Un consejo : pase lo que pase, sed pacientes y dulces (en pocas palabras, ¡no me imitéis!) y no os dejéis engañar. El tema de la homosexualidad no pertenece solamente a las personas homosexuales. Y os lo digo de verdad, cuando vemos en general lo poco que ha sido analizado y lo mal que ha sido comprendido, ¡no debéis de tener ningún complejo de apropiaros de la reflexión sobre la homosexualidad como persona no-homosexual y no-heterosexual! Y si os miran mal o como a un peligroso « homóforo » simplemente porque os atrevéis a no idealizar la « pareja » homosexual y porque habláis de un deseo homófilo que vosotros no sentís en vuestro cuerpo, quedaos *zen*, apoyaos con alegría en vuestra sensatez y la observación de la realidad de las personas. Esto dará a vuestro discurso una tonalidad afable, justa, fuerte y profunda. Si es posible, no echéis por delante los argumentos de la fe. En un primer momento, no funcionan en absoluto, ya que estos parten de un *a priori* que supone que vuestro interlocutor debería creer en Dios y en su Iglesia (... cosa que no suele ocurrir mucho en un público homosexual o pro-gay!), creer en la belleza de la familia y en el Amor y en el cuerpo (ya que el deseo homosexual da precisamente testimonio de lo contrario : de una desintegración de las familias, de las dificultades de entendimiento entre el hombre y la mujer, de un desprecio por el cuerpo sexuado, de una falta de fe en el Amor duradero y en la sexualidad)¹⁵. Mantened los pies en la tierra. Comprended que lo que ya se justifica bien divinamente se justifica igual de bien humanamente. ¡Es el Misterio resplandeciente de la Encarnación! Y antes de tratar de *tener razón*, primero *amar*.

¹⁵ Evitad, si podéis, los argumentos católicos pseudo bíblicos (« Es malo porque se lee en la Biblia : Hombre y mujer Dios los creó. », « Es antinatural. », « No hay alteridad en las uniones homosexuales. », « No practiquéis actos homosexuales, sino iréis al infierno. », etc.), los argumentos miserabilistas y sentimentalistas (« Es un sufrimiento, una desgracia... Pobre alma herida y pecadora, te vamos a curar y a cambiar. », « Esto no es amor. », etc.), los nuevos argumentos « *positive attitude* » son también ineficaces (la defensa de la belleza del cuerpo, de la familia, de la pareja mujer-hombre, del matrimonio ; la acogida silenciosa de las personas homosexuales por miedo a la condena de los actos homosexuales ; etc.). Todo lo que conocemos sobre el carácter sagrado de la familia, sobre la belleza de la diferencia de sexos, sobre la existencia de Dios, sobre la veracidad profunda de la Biblia, es bueno saberlo ; pero ¡no es necesariamente bueno decirlo en seguida!

¿Está desconectada la Iglesia de las realidades de su tiempo?

Os dejo la libertad de no creerme, pero desde que recorro los caminos descristianizados del « ambiente homosexual », y que he querido escuchar principalmente a personas homosexuales, sin referirme al psicoanálisis o a mi fe católica, he descubierto que eran mis propios amigos homosexuales (¡ateos!) que daban razón al discurso de la Iglesia sobre la homosexualidad, lo que quiere decir que ¡muchas de las intuiciones que la Iglesia nos enseña desde hace más de 2000 años sobre lo humano son reveladas! Incluso cuando trata de temas que aparentemente no la conciernen (la genitalidad, los placeres, la homosexualidad, etc.), sabe ir al grano. Benedicto XVI es ciertamente uno de los papas más calificados en materia de moral sexual que el Vaticano ha conocido. ¡Es exactamente el jefe-servidor que necesitábamos para hablar de homosexualidad de una forma amable y firme!

Las demás religiones, ¿son más abiertas que la Iglesia católica sobre la cuestión de la homosexualidad?

No. ¡Yo encuentro que son peores! Que yo sepa, las religiones judía y musulmana no defienden de ninguna manera la acogida de las personas homosexuales ni el reconocimiento de sus « parejas » (¡las conducen directamente al matrimonio forzado o al infierno!). ¡Y las religiones « moderadas » – tales como el budismo y los protestantismos progresistas –, en su aceptación incondicional de los actos homosexuales, no hacen más que alimentan la confusión, el falso amor por sí mismos y la homofobia hacia personas homosexuales que tienen realmente sed de Verdad y que no sólo necesitan ser tranquilizadas, aduladas, o anestesiadas! ¡Viven situaciones demasiado difíciles como para merecer una sonriente indiferencia!

¿Qué dice la Iglesia sobre la homosexualidad?

Empecemos diciendo que la Biblia no utiliza jamás esta palabra. Trata solamente de los actos que hoy se llaman « homosexuales » (pederastia, sodomía, relaciones adúlteras fuera del matrimonio y del horizonte procreador, etc.) para condenarlos firmemente. En verdad, la Biblia habla muy poco de homosexualidad : contiene un mensaje de Esperanza muchísimo más importante que sacar que el de la moral sexual. ¡Desde luego, tiene otras preocupaciones (la pobreza, el sufrimiento, la enfermedad, la muerte, las injusticias humanas) que la vida genital de fulano! Sin embargo, para aquellos que quieren, a pesar de todo, ir a juzgar por sí mismos, los pasajes que tratan de estos actos « homosexuales » son Gn 19, 4-11; Lv 18, 22, 20, 13, Jg 19, 22-30; 1 Sam 18-20 ; Rm 1, 26; 1 Co 6, 9; 1Tm 1, 10¹⁶.

¹⁶ He aquí una selección de los párrafos más relevantes (cito la TOB) : « *No te acostarás con un hombre como te acuestas con una mujer. Eso sería abominable.* » (Lv 18) ; « *Así pues ¿no sabéis que los injustos no heredarán el Reino de Dios? ¡No os equivoquéis! Ni los libertinos, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los pederastas, ni los ladrones, ni los acaparadores, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los tramposos heredarán el Reino de Dios. He aquí lo que erais, al menos algunos de vosotros. Pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados en nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios.* » (1 Cor 6, 9-11) ; « *Por eso Dios les ha librado de pasiones infames; ya que las mujeres han cambiado el uso natural por el que es antinatural ; y lo mismo los hombres, abandonándose al uso natural de la mujer, se han dejado arrastrar por sus deseos los unos por los otros, cometiendo hombre con hombre cosas infames, y recibiendo en ellos mismos el salario que merecía su error.* » (Rm, 1 : 22-32)

La Iglesia Católica, sin suavizar lo que dice la Biblia, va mucho más lejos, explicando, a través de tres párrafos en su *Catecismo* (1992)¹⁷, que aunque los actos homosexuales sean condenados (La Iglesia califica los actos homosexuales de « *intrínsecamente desordenados* »), es necesario por una parte disociar los actos del individuo, o los deseos y el individuo, y por otra parte acoger a las personas homosexuales a pesar de todo, pidiéndoles que vivan con sus hermanos homosexuales la continencia y la *amistad desinteresada*. El amor de la Iglesia no es un amor sin condiciones, blando e inconsistente. Es también exigente. Y dado que es exigente, no aprueba todo lo que podemos decir o hacer, acepta el riesgo de perdernos diciéndonos a veces « no ». Nos responsabiliza y nos ama verdaderamente. Como Jesús que, después de haber levantado a la mujer adúltera (« *Yo, tampoco, te condeno* », Jn 8, 1-11), le impulsa a cambiar de vida (« *Ve, y no peques más* »).

Cuando la Iglesia católica dice que los actos homosexuales son « *intrínsecamente desordenados* », ¿no exagera?

Yo creo que no. La Iglesia defiende el lazo sagrado entre el orden divino y el orden natural, y finalmente la belleza de la Creación y el misterio de la Encarnación. Y tiene razón cuando habla de desorden con respecto a los actos homosexuales. He analizado en las conferencias de personas homosexuales (que son ateas en su mayoría) y en las obras que tratan de la homosexualidad, todas las veces en las que se hace referencia al « desorden » y a la « división », ¡he apreciado y comprobado que se repite muchísimo y coincide perfectamente con lo que ha presentido la Iglesia!¹⁸

¿Por qué la Iglesia se muestra acogedora cuando distingue los actos homosexuales y las personas homosexuales?

Para muchas personas homosexuales (que tienen tendencia a limitarse a sus actos), esta distinción resuena como una hipocresía inaudible. Es una lástima porque, si se sabe acogerla, se comprende que ella es verdaderamente la garantía de nuestra libertad. El hecho de sentir ciertos deseos en nuestro cuerpo no nos quita nuestro albedrío para actualizar algunos de ellos y para abandonar aquellos que no son los mejores. Y para la Iglesia, toda persona será siempre más grande y más importante que los actos que haya realizado, por odiosos o vergonzosos que sean. No disocia totalmente a la persona de sus actos (ya que ella reconoce que somos responsables y más o menos libres), pero no

¹⁷ Artículo 2357 : « *La homosexualidad designa las relaciones entre hombres o entre mujeres que sienten una atracción sexual, exclusiva o predominante, hacia personas del mismo sexo. Ésta se presenta bajo formas muy variables a lo largo de los siglos y culturas. Su origen psíquico queda profundamente inexplicado. Apoyándose en la Sagrada Escritura, que los presenta como perversiones graves, la Tradición siempre ha declarado que los actos de homosexualidad son intrínsecamente desordenados. Son contrarios a la ley natural. Cierran el acto sexual al don de la vida. No proceden de una complementariedad afectiva y sexual verdadera. No pueden recibir ninguna aprobación de ningún modo.* »; Artículo 2358 : « *Existe un número – que no es despreciable – de hombres y de mujeres que presentan tendencias homosexuales innatas. Esta tendencia, objetivamente desordenada, constituye en la mayoría de los casos un sufrimiento. Estas personas no escogen su condición homosexual. Deben ser acogidas con respeto, compasión y delicadeza. Se evitará con respecto a ellas toda manifestación discriminatoria injusta. Éstas son llamadas a realizar la voluntad de Dios en su vida, y si son cristianas, a unir al sacrificio de la Cruz del Señor las dificultades que pueden encontrar a causa de su condición.* »; Artículo 2359 : « *Las personas homosexuales están llamadas a la castidad. Por las virtudes de control, educadoras de la libertad interior, algunas veces con la ayuda de una amistad desinteresada, por la oración y la gracia sacramental, pueden y deben acercarse, gradualmente y decididamente, a la perfección cristiana.* »

¹⁸ Cf. el código simbólico « Deseo desordenado » en Philippe Ariño, *Le Dictionnaire des Codes homosexuels* (Ed. L'Harmattan, Paris, 2009), en línea en www.araigneedudesert.fr.

nos reduce a lo que hacemos. La Iglesia concede su gracia no a los méritos, sino a las personas. Es fantástico, en realidad. No aprisiona jamás a los seres humanos en sus faltas. ¡Levanta al minusválido, al pecador, a la prostituta, al criminal, para recordarles que son amados a pesar de todo, que tienen una segunda oportunidad!

Pero después de todo, ¿por qué la Iglesia contraría a las parejas homosexuales? La homosexualidad, al fin y al cabo es una cuestión de amor... y Dios bendice todos los amores ¿no? Sólo Él juzga...

Obvia y teóricamente, ¡el Amor no puede ser otra cosa que Él mismo, es cierto! Dicho esto, ¡depende después de lo que se pone detrás de la palabra « Amor »! Y nosotros, los humanos, podemos equivocarnos en la praxis sobre nuestra idea del Amor. Para mí, no hay nadie más sino Jesús y la Iglesia católica que hablan de Amor y que lo ponen realmente en práctica. Y ellos nos dan las claves para juzgar no a las personas sino los actos con el fin de orientarlos hacia lo mejor.

¿Qué posición debería tomar la Iglesia con respecto al amor homosexual y a la pareja homosexual? ¿Son « malos » como los actos homosexuales?

Puesto que la pareja homosexual condensa actos que hay que condenar y personas que hay que respetar, el amor homosexual no puede ser por consiguiente juzgado únicamente con la misma regla dual « bien/mal » de los actos. ¿Qué solución da la Iglesia en cuanto al discurso sobre la « pareja » homosexual? Ella evita el riesgo del maniqueísmo, ofreciendo la bocanada de aire que es la moral (hablo de « moral » y no de « moralismo moralizante ») o la ética¹⁹, es decir un pensamiento que disocia « el bien » de « lo mejor » (sin negar la existencia del Bien y del mal), para siempre privilegiar la búsqueda de lo mejor. Y la creencia en lo mejor, aunque jerarquice, no por eso excluye. Lo mejor no es el enemigo del « bien » o de « lo conveniente ». *La Iglesia católica propone y exige, sin prohibir o condenar a las personas*. Por ejemplo, Ella jamás ha « prohibido » el preservativo, contrariamente a lo que ciertos periodistas pretenden : la Iglesia, siempre ha adoptado la actitud moral diciendo que la mejor defensa contra el Sida era la fidelidad... lo cual no designaba en absoluto el preservativo como algo « malo » e « aunque tampoco útil » en ciertos casos. ¡Lo mismo para la « pareja » homosexual! La Iglesia no la bendice tal cual, evidentemente ; pero no la rechaza tampoco, ya que está formada por dos *personas* distintas y amadas por Dios. En cuanto al « amor » homosexual, la Iglesia es mucho menos lapidaria de lo que se cree : que la Iglesia no aplauda a la « pareja » homosexual y que no le dé jamás la equivalencia simbólica con el matrimonio de la pareja hombre-mujer que se aman o el sacerdocio, no quiere decir que la desprecie, que niegue el hecho que acoge a veces una sinceridad que ofrece ciertos beneficios y ventajas, cierta fecundidad.

¿ El Sida es un signo de que los actos homosexuales son malos?

El Sida no tiene evidentemente nada que ver con un castigo celeste asignado específicamente a las personas homosexuales. ¡Una enfermedad no escoge a sus

¹⁹ La ética es el sinónimo griego de la palabra latina « *moralitas* » que significa « moral ».

víctimas según su orientación sexual! Es algo evidente. Sin embargo, no se puede negar que históricamente haya confluencia entre el Sida y la comunidad homosexual (al principio de los años 1980, el 80% de personas que habían contraído el virus eran personas homosexuales activas), coincidencia que no hay que causalizar o esencializar bajo la forma de especie u orientación sexual, o de un destino punitivo (si no, caemos en razonamientos victimistas u homófobos de la peor especie), pero que nos enseña solamente que la homosexualidad practicada y que el modo de vivir de muchas personas homosexuales son realmente arriesgados y tienden hacia la auto-destrucción.

**¿ La Iglesia va lo suficientemente lejos en su discurso sobre la homosexualidad?
¿Cuál podría ser, según su opinión, la próxima etapa, una vez que se ha dicho:
« La homosexualidad: no estamos de acuerdo, pero sí que acogemos a las personas.»?**

Mirándolo bien, la Iglesia ya la ha emprendido, esta tercera etapa, puesto que nos invita a la amistad desinteresada y a la continencia. Pero como somos un poco duros de mollera, necesitamos que Ella repita su discurso o que lo reformule de otra manera. Lo que sugeriría a los creyentes y a los hombres de Iglesia, es :

- que no abandonen el discurso eclesiástico/psicoanalítico clásico, que lo consoliden con su sensatez, con el encuentro real con las personas homosexuales, y que sigan investigando sobre el sentido del deseo homosexual, y sobre sus imágenes.
- que clarifiquen más lo que entienden por « actos homosexuales », ya que es una expresión ambivalente que puede ser equívoca. Pienso que existe una escala de gravedad entre los diferentes actos homosexuales (¡claro está que hay una gran diferencia entre el hombre homosexual que se esfuerza por vivir una fidelidad conyugal con su compañero y el que establece sólo « rollos »!) Luego, el acto homosexual no se limita a la fornicación o al tacto : se extiende también a la vista, al deseo amoroso, a los sentimientos, a la fe en el amor homosexual. No lo he inventado yo... Jesús habla de ello cuando describe el pecado de adulterio por la codicia en Mat. 5, 28. Por esta razón pongo también el concepto de « amor de amistad » (promovido por asociaciones homosexuales católicas como *Aelred*, que lo presentan como un rodeo posible del acto homosexual y una forma supuestamente « casta » de vivir su homosexualidad en pareja, basándose en una lectura literal de Santo Tomás de Aquino o en la traducción del *Philia* griego) en la categoría de los actos homosexuales que hay que rechazar. Ya que supone una confusión dañina entre la amistad y el amor (¡el amor verdadero nunca es platónico y desencarnado! ¡y la amistad es distinta del amor!) que termina por desmoronarla (he oído testimonios que apoyan mis observaciones). Yo creo que la continencia que pide la Iglesia a las personas homosexuales va más allá de la simple ausencia de contactos físicos. Sólo es continente y casto el que firmemente ha decidido abandonar el sueño de formar una pareja homosexual, que no vacila entre la amistad y la sensualidad, que no utiliza la fe para actualizar parcialmente sus sentimientos eróticos, el que ha repuesto su elección definitiva en la amistad simple.
- que identifiquen bien, en sus discursos, la « castidad » y la « continencia ». Ya

que ciertas personas homosexuales católicas ignoran la diferencia entre ambas y se imaginan que son « castas » aunque vivan en pareja. Para ellas, la palabra « castidad » es sinónima de « respeto » y de « espiritualidad » : y se transforma en su garantía moral. Por lo cual a veces las oigo afirmar que prefieren vivir la « castidad » y no la continencia. Esta es la pirueta verbal que han encontrado para no imponerse la continencia y aprovechar la apertura a la genitalidad que ofrece la palabra « castidad » (la verdadera castidad que no es, a la inversa de lo que está en el ambiente, la ausencia de genitalidad y de contactos corporales, sino más bien la *justa distancia que permite la relación* : pues es mandada incluso a las parejas mujer-hombre casadas). En consecuencia, yo creo que, más que todas las formas de castidad, la continencia es la castidad específica de las personas homosexuales y de los célibes consagrados. ¡La palabra « castidad » no debe de llegar a ser el trastero de nuestras buenas intenciones ascéticas!

- que se atrevan a hablar de los beneficios de la continencia cuando una persona se confiesa homosexual o cuando se conoce a una. ¡Y para ello, la Iglesia debe ir en busca de testigos! ¡Además, como católicos, podríamos permitirnos, en nuestra argumentación sobre la homosexualidad, ir más allá de la simple defensa del matrimonio como único modelo de felicidad humano digno de ser vivido!... ¡sobre todo cuando se sabe que la Iglesia católica es la única religión del mundo que nos dice que no existe solamente como camino vocacional la « Pareja » y la familia, sino también el celibato (consagrado)! ¡El Judaísmo y el Islam no ofrecen tantas posibilidades fuera del matrimonio...!
- que sobrepasen, en los debates sobre la homosexualidad, el abstractismo para frotarse con el barro. No basta con la « *positive attitude* » católica compasional o el combate « *pro vida* ». A la gente no le interesa. ¡Hay que enfrentarse al sufrimiento y denunciarlo claramente! Decir las cosas por su nombre. Hablar de la violación y del fantasma de la violación con relación a la homosexualidad. No por el placer de escandalizar o de caer en el dolorismo gratuito, sino para recordar que la buena intención puede ocultar prácticas odiosas que incluso las víctimas ya no quieren denunciar.
- que se atrevan a mantener un discurso no solamente sobre los actos homosexuales, sobre la persona homosexual tomada individualmente, sino también sobre la « pareja » homosexual y el amor homosexual. ¡Ya sé que es una maniobra peligrosa, ya que entre el reconocimiento de los beneficios que algunas uniones homosexuales pueden vivir y la justificación del amor homosexual, la frontera es tenue! Y no se trata de justificar a la « pareja » homosexual. Pero la Iglesia sabe mejor que nadie utilizar la moral para evitar ese tipo de trampas. Caridad primero, galardonada luego por la Verdad.

¿ Es posible un acuerdo entre el amor homosexual y la Iglesia? Si meto a Dios en el centro de mi pareja, ¿por qué no debería funcionar?

Durante un período, entre los años 2009 y 2011, me esforcé en pensar que sí. Yo creía que, como no podía ni casarme ni ser sacerdote, conseguiría « negociar » un compromiso con Dios. Y algunas parejas de mi alrededor se acomodan con este tipo de arreglos. Actualmente, constato en esas « parejas » por una parte un alejamiento

progresivo de la Iglesia-Institución, y por la otra una especie de vergüenza de presentarse como homosexuales y católicos... ¡No falla! Cuando van a misa, se esconden detrás de un pilar, frotan las paredes, toman de la Iglesia lo que les conviene, y no quieren hablar más de homosexualidad. El don de su persona no es total ni hacia su Iglesia ni hacia su amante. Se comprende muy bien el por qué. No se puede servir a dos señores; entre la Cruz de Jesús y la carne, en el caso específicamente homosexual (no para todas las parejas mujer-hombre), ¡hay que elegir de qué lado estamos! Y con la continencia se juega verdaderamente el dilema corneliano del joven rico de la Biblia. Si el individuo católico homosexual escoge la riqueza de su pareja homosexual, en detrimento del yugo ligero que le propone el Señor a través de la continencia, no se irá con las manos vacías, cierto, pero se irá decepcionado por no haber escogido la mejor parte, el pleno don de la Gracia. Yo he vivido esta tristeza y este desgarramiento durante un año y medio, cuando busqué convencer a Jesús que yo podía compaginar tanto la vida de « pareja » homosexual como la vida de fe. Pero descubrí que no podía conformarme sólo con el « bien » de la « pareja » homosexual. ¡No podía prescindir de lo mejor! ¡de la santidad ! No podía rechazar la diferencia de sexos mediante el acto homosexual, y al mismo tiempo entregarme a la Iglesia católica que integra plenamente la diferencia de sexos. Hay una incompatibilidad objetiva.

¿Es mala la masturbación? ¿Y el sexo homosexual?

Sí. Es malo. ¡Atrevámonos a decirlo! Y yo digo sin dudar : « las dos cosas ». Luego, que los actos sean juzgados malos únicamente porque procuran placer, claramente que no está aquí el problema. Estamos en contra de los placeres que no se orientan hacia Dios ; no de los placeres en general. La masturbación y la sensualidad/genitalidad homosexuales son actos que hay que juzgar como malos, en primer lugar por el mal/la ausencia de bien que ellas ejercen, por su infecundidad, y también por la orientación egocentrista de los placeres efímeros que ellas procuran. Sin embargo, en lo que se refiere a la genitalidad homosexual, no debemos perder de vista que, aunque no se debe cesar de condenarla en cuanto a los actos, ella comprende y compromete también a dos personas humanas. Pues a mi parecer, hay que distinguir, aunque no sea cosa fácil ya que están muy vinculadas, la « genitalidad homosexual como práctica » (que hay que condenar como mala y desordenada) y la « genitalidad homosexual como relación » (que hay que condenar menos severamente, y que reconocer a veces como un lenguaje de amor si bien no auténtico por lo menos sincero).

Ser continente, ¿quiere decir apagar la sexualidad, negar el placer, el Amor, la posibilidad de ser feliz, « arruinar su vida »? ¿Es el « odio hacia sí mismo » disimulado?

¡Yo creo que se puede vivir plenamente la experiencia de la sexualidad sin ni siquiera estar en una pareja y sin siquiera ejercer actividad genital! La sexualidad no se reduce a la genitalidad, a los sentimientos amorosos o eróticos. En su sentido amplio, la sexualidad es nuestra relación con el mundo como seres sexuados, y consecuentemente como hombre o mujer. Lo experimentamos desde nuestra primera infancia : incluso cuando comemos, cuando dormimos, cuando estamos con los amigos, cuando nos comprometemos en política, cuando creamos una obra de arte. ¡Allí donde hay humanidad y creación de vida, hay necesariamente sexualidad, que seamos célibes o

casados! Y reducir la sexualidad a lo genital es pasar finalmente al lado de los placeres simples, ¡e incluso al lado de los placeres genitales! Yo saboreo mucho más la sexualidad siendo continente que aquellos que han olvidado el gusto de la genitalidad a fuerza de hartarse de ella, de encadenarse a las aventuras sexuales sin ser saciados.

¿Dejo de ser homosexual y de vivir mi homosexualidad por el simple hecho de que haya decidido vivir la continencia? ¡De ninguna manera! Vivo mi homosexualidad de otra forma y ya está. Mis tendencias homosexuales están en mí noche y día, y por un tiempo que se anuncia probablemente duradero. ¡Todo esto es fisiológico : yo nunca pruebo deseo sexual con una mujer, por guapa que sea. Sin embargo, aunque no practique mi deseo homosexual de la única forma que la sociedad ultra-erotizada lo pide – es decir la « Pareja » –, yo no ceso de sentirlo en mí y de una manera concreta. Por lo tanto, dado que mi deseo homosexual no se ha apagado, mientras tanto lo canalizo y lo doy a Dios. ¡A pesar de todo, yo vivo plenamente mi homosexualidad! Ser homosexual no se limita solamente a « acostarse con alguien » o a « estar enamorado », ¡caramba!

Y este compromiso de vida no genera tristeza en absoluto, si yo he escogido este camino de la continencia (abandono del ligue, de la masturbación, de la pornografía), no ha sido por rebeldía, por anticonformismo, por experiencia de amores sórdidos, por orgullo de confesar que he podido experimentar un placer mediante gestos que la moral católica reprueba. ¡Es mucho más positivo en realidad! ¡Muchísimo más libre también! He abandonado la búsqueda de la « pareja » homosexual y de la sensualidad/afectividad/genitalidad homosexual justamente porque todo esto me ha gustado, pero, a pesar de todo, no me ha colmado. He salido con una decena de chicos, cada uno muy majo, de una forma que creíamos libre y sincera. He adorado la genitalidad homosexual. Me ha gustado abrazar. He probado la dulzura, el romanticismo, la euforia embriagadora de la seducción. Aún hoy no las desprecio. He cumplido la totalidad de mis fantasmas sexuales. Me he acostado con chicos « por amor », incluso cuando, en realidad, no amaba verdaderamente, y aún cuando no era amado por lo que soy íntimamente. Y es en nombre del reconocimiento de la positividad de todo esto que puedo justamente asegurar que los actos homosexuales ¡no son ni buenos, ni suficientes, ni satisfacen! ¡En cambio, la continencia me llena completamente hoy en día! Aunque la alegría que me proporciona no sea eufórica. Se trata de la alegría paradójica de la Cruz gloriosa. No me presento con una sonrisa forzada. Y no soy en absoluto el joven conquistador que se anuncia como un « arrepentido de la homosexualidad », « un homosexual convertido », un « *ex-gay* », un « profeta *born again* ». Llego más bien como un pardillo, con muchos defectos, frágil en su pretensión de tender a lo que muchos juzgan como una senda « imposible, pretenciosa, homófoba ». Sin embargo, la continencia no es una vocación en sí, que se sustituiría al celibato consagrado o al matrimonio. Tengo que tener cuidado en no instalarme en ella para justificar mi deseo homosexual. Permanece este riesgo espiritual.

En concreto, ¿ cómo llegar a dejar la masturbación y a vivir la continencia?

En vez de atarse las manos a la cama durante la noche, de contar el número de horas de oración o de exposición delante del Santísimo Sacramento para regatear con el Señor una liberación definitiva de la masturbación y de las tendencias homosexuales, en lugar de contenerse a base de falsas promesas y de mortificaciones ineficaces, en lugar de estremecerse supersticiosamente alrededor de los sacramentos que propone la Iglesia

(muy útiles, sin embargo : dicho sea de paso, id a confesaros, ¡esto libera!), la solución más eficaz para acabar con la masturbación y la búsqueda amorosa homosexual, a mi parecer, se fundamenta sobre una sola cosa : el amor a la Iglesia y a su Institución (... ¡y a todo su cortejo de trapos sucios, de fieles infieles, de sacerdotes desfallecientes, de practicantes hipócritas que somos todos nosotros!). ¡Ya que esto es muy arduo, y cuando se consigue, resulta muy provechoso! ¡Es algo sencillamente muy concreto! Es muy fácil amar a Dios a distancia, con las intenciones, imaginándose que se le acepta proclamando que uno es « creyente no-practicante » o exclamando en un rincón : « ¡ Señor Jesús, te amo! ¡Creo en ti! »... Resulta claramente más difícil contradecir a su « caprichoso niño interior » o amar a Jesús y a su prolongación humana, que se encuentra principalmente en su Iglesia-Institución. ¡En consecuencia, no tengo otro remedio que proponeros para llegar a ser una persona continente que el amor al Papa, a los sacerdotes, y a todos los católicos practicantes! Este amor es la garantía de un actuar justo, de expresarse bien, y de amar verdaderamente a los demás. La diferencia entre los hipócritas y los verdaderos católicos se resume en este simple « detalle » : los que pretenden amar a Dios sin amar a su Iglesia católica, en general, no se atienen a la Encarnación, aman a la gente de lejos, son humanistas que no luchan por todos los hombres y que reprochan al Clero católico su propia inacción/fariseísmo.

Esto del celibato que propone, ¿es para todas las personas homosexuales?

No. El celibato *en sí* no tiene sentido. La abstinencia tampoco. ¡Lo digo con insistencia! Todo ser humano ha sido creado en esta tierra para dar su corazón y su cuerpo a la persona amada única (del otro sexo o a Jesús) por toda su vida. El celibato no tiene razón de ser vivido sino en el caso que se integre dentro de un proyecto de don entero de su persona al Amor. ¡Proponer el camino de la continencia a una persona homosexual sin explicarle la existencia de Jesús en su vida, equivale a darle una cuerda para que se ahorque!

La continencia, cuando se es homosexual, ¿es obligatoria?

No. Debe permanecer una elección libre y personal. Y, hay que decirlo, es la única forma de castidad y de abstinencia que la Iglesia propone a las personas homosexuales. De la misma manera que la castidad – que en una relación amorosa ayuda a resistir a las pulsiones incestuosas de fusión y de ruptura, y concierne a todos los seres humanos (incluso a las parejas hombre-mujer que se aman) – también la continencia – que es una abstinencia enteramente otorgada a Jesús, una castidad objetivamente más meritoria que la castidad pedida a una pareja hombre-mujer (pareja que podrá a pesar de todo vivir una actividad genital regular) ya que ella pide una renuncia *total* a la relación sentimental y carnal – se aplica solamente a las personas homosexuales y a las personas no-homosexuales que se comprometen con el celibato consagrado. « ¡Es injusto! » podrían entonces gritar los individuos homosexuales... y esto sería totalmente lógico, sobre todo si, además, se desaconseja a la mayoría de ellos el acceso al sacerdocio. Pero yo creo que esta llamada a vivir la radicalidad del don completo de su persona a Dios en la continencia, aunque sea muy impactante, es en realidad un honor increíble que se les hace. Como ya lo he escrito en mi « Carta a sor Paula »²⁰, « *la continencia entraña la*

²⁰ Esta carta figura en el sitio *l'Araignée du Désert* (www.araigneedudesert.fr) y en el *Padre Blog* (www.padreblog.fr).

misma renuncia, el mismo don total de sí mismo, la misma libertad. No deja de ser un camino por el cual se puede amar verdaderamente. No es el número de elecciones propuestas que determina nuestro grado de libertad y nuestra felicidad, pero sí nuestra elección completa de una sola persona, sea una persona del sexo supuestamente 'opuesto', sea Jesús. Y las personas homosexuales no están privadas de Jesús : a causa de los límites impuestos por su deseo sexual, al fin y al cabo, quizás sean específicamente más orientadas hacia 'la buena Parte'. Entonces, ¿por qué deberían quejarse, llorar por ser marginadas del modelo de la Pareja presentado por nuestra sociedad ultra-erotizada como la única estructura de amor verdadero? En cierta manera, su condición homosexual les prepara de forma más directa y más firme a las Bodas celestes. Si saben atraparla, es una suerte para ellas verse obligadas, a causa de un deseo interior que no han elegido, a entregarse a sí mismas completamente a la persona de Jesús, dado que la Iglesia no les aconseja vivir otra cosa con otra persona. La Iglesia les pide en seguida algo tremendo, totalmente surrealista humanamente hablando, pero glorioso en la Eternidad. ¡Tendrían que alegrarse de esta Buena Nueva! Sin embargo, ésta cobra todo su sentido únicamente a la luz de la Fe y de la Resurrección. »

¿Qué aporta la continencia a una persona homosexual?

Al principio, nada o quizás algo de angustia. Uno se pregunta cómo se le ocurre sacrificar de esta forma los años más bellos de su vida, su placer genital... Y luego siente que la felicidad llega mientras camina, mientras descubre poco a poco paisajes desconocidos, mientras experimenta la fuerza de la coherencia entre sus palabras y sus actos. Todas las personas homosexuales, podemos darnos cuenta que antes nos engañábamos cuando nos entregábamos a nuestro deseo homosexual, nos quedábamos inmóviles, nos cargábamos la mochila existencial con una carga cien veces más pesada que el yugo del Señor que ahora llevamos y que es « ligero » (¡El Señor lo había prometido!). ¡Y con el tiempo, la continencia lo cambia todo! Nos brinda la unidad entera de toda nuestra persona. Regala amigos verdaderos. Da la alegría profunda del corazón, la transparencia, el humor, la liberación de la vergüenza, una visibilidad homosexual mucho más positiva que una « visibilidad de *Gay Pride* », la capacidad de asumir plenamente el deseo homosexual y de transformarlo en una fuerza universal, amorosa y totalmente coherente con la Iglesia. La continencia ofrece la verdadera libertad. ¡La noche se cambia en día!

Si un compañero homosexual, a quien le hablo de testimonio, no es creyente y no conoce a Dios ¿qué tengo que hacer?

Pues, ¡mal plan! Hablando en serio, sin Jesús, ¿a quién iríamos? Luego, si os parece imposible sugerir un camino de fe (lo cual es una lástima y traduce una ligera « catofobia » de vuestra parte... dicho sea de pasada...), siempre cabe la posibilidad de sostener a vuestro amigo para ayudarlo a ser fiel a su novio (si está en pareja) o a ser prudente en su búsqueda del « amor » (si está célibe), sin producirle ilusiones sobre los límites objetivos de la estructura « conyugal » homosexual. Si dáis prueba de benevolencia conservando una cierta gravedad... ya es mucho... aunque sabemos con certeza que no será totalmente satisfactorio para ambos.

Si tengo la fuerza de exponerle el punto de vista de la Iglesia sobre la homosexualidad, ¿qué le puedo proponer a renglón seguido, dado que la continencia ofrecida directamente asusta a cualquier (no sólo a los homosexuales)? Está claro que a lo no creyente, la continencia como otros muchos valores cristianos – sin fe en Dios – resbala hasta al más pintado.

Es cierto. Si te atreves a acelerar la marcha, no olvides la regla de oro que ya conoces : la firmeza tiene siempre que ser acompañada por la dulzura y la escucha. Después, ¡la audacia para con el Señor nunca falla! Y yo creo que merece la pena ofrecer una palabra verdadera de entrada. Tener cara, sin rodeos, sin excusarse de pensar lo que se debe pensar... ya que lo peor, es que la mayoría de las personas homosexuales espera, en el fondo, esta palabra de Verdad, aunque no sepa pedirla. *High risk, high return* como diría Véronique Labadie. Lo que ha sido sembrado por la palabra, aunque sea un poco difícil acogerlo en el momento, puede abrir su camino en los corazones incluso al cabo de varios años de rechazo categórico. Los rechazos nunca son del todo definitivos. ¡Y Jesús despierta con su grandeza! Debemos, como creyentes, adoptar sin vergüenza este discurso de Verdad. Luego, me parece inútil sacar enseguida los trapos sucios de la violación o de la herida. Si habláis de sufrimiento, sólo puede provenir de vuestro amigo homosexual. Son principalmente la escucha, el humor, el silencio, que hablan mejor sobre el Amor de la Iglesia a las personas homosexuales, y por consiguiente de la continencia. Para empezar despacito, podéis proponer cosas fáciles de leer o de mirar, películas, programas televisivos, libros de psicología o de sociología, obras de teólogos morales cristianos, etc. Y poco a poco, la persona homosexual quitará ella misma el vendaje que cubría su herida sin que tengáis que intervenir.

Entre las asociaciones de Iglesia, que ayudan a las personas homosexuales, ¿cuáles recomendaría?

La red asociativa de acogida cristiana para las personas homosexuales existe, ciertamente. En regla general, estas asociaciones *LGBTQI* se presentan teóricamente abiertas al diálogo con la Iglesia-Institución, pero en la práctica, están todavía cerradas a ella, puesto que no quieren actualmente entablar un discurso claro sobre la cuestión de la « pareja » homosexual ni sobre la de la llamada eclesial a la continencia (una excepción con *Courage International*²¹, la única asociación reconocida por Roma). Lo que reprocharía al conjunto de estas agrupaciones cristianas, que tienen cada una ciertamente su utilidad, es asegurar aparentemente lo principal (acoger a las personas homosexuales), pero, en el fondo, no llevar a cabo su proceso. La verdadera acogida, me parece, pasa también por el reconocimiento de la Realidad (la denuncia de los actos homosexuales, la reflexión sobre la naturaleza del deseo homosexual) y por la petición de exigencias (el Amor verdadero condena el acto, levanta a la persona... y luego ¡la coloca en misión de santidad!). Es esta tercera etapa la que falta, por el momento.

¡Faltan santos homosexuales que griten abiertamente en el desierto la conciencia de la violación! Yo propondría sin ninguna duda un club de *Arañas del Desierto*! ¡Una fraternidad de continentes homosexuales por Jesús, totalmente anclados en el amor a la Iglesia-Institución, y en la amistad desinteresada!

²¹ www.courage-latino.org

¿Se puede curar de la homosexualidad?

Si se admite con humildad que el deseo homosexual es el signo de una herida identitaria y amorosa, si se cree que Dios lo puede todo y que tiene los medios para curar incluso nuestras heridas más profundas, yo pienso que SÍ. Creo por ejemplo que ciertas « *sesiones agapé* » son verdaderas purificaciones y liberaciones. Yo siento que el Señor me ha curado, y que sigue curándome, pero que por el momento, no me llama a casarme con una mujer, a correr los 100 metros que mi pierna lisada no me permitirá, obviamente, ejecutar. Mi herida homosexual aún es demasiado profunda, aunque no la considero definitiva. Jesús es capaz de curar de manera espectacular (quita el pecado o el signo de pecado a quien se lo pide, como al ciego de nacimiento... pero siempre respetando la libertad de la persona a quien sana) o de manera progresiva (A veces, la curación tomará la forma del acompañamiento que nos hace Cristo, de la convivencia con la herida, pero no la forma de la desaparición inmediata del mal: Jesús decide no separar la cizaña del trigo antes de que llegue el momento de la siega, y porque no quiere arrancar el trigo al mismo tiempo que la cizaña). Sigo pidiéndole sanación. Y trato de no dormirme en los laureles de mi continencia. A fin de cuentas, Dios cura, pero *en el marco de lo posible y de su Encarnación*, no por arte de magia y no siempre « como un católico mal informado imagina que Dios cura a una persona homosexual » (es decir con el matrimonio de hombre-mujer que se aman, o bien con la desaparición total de su herida homosexual). Y no hay que dejar de reclamar su Reino en nosotros.

Las personas homosexuales, a pesar de todo, ¿pueden ser llamadas al sacerdocio? ¿ Hay que aceptar que puedan entrar en los seminarios?

La Iglesia no lo aconseja. Y con razón. Ya que la homosexualidad es la marca del rechazo de la diferencia, mientras que cualquier sacerdote católico debería encarnar la acogida de la diferencia de sexos. La instrucción romana del 2005 es muy clara en ese caso²². No existe una contraindicación o una prohibición por la que las personas homosexuales no accedan al sacerdocio ; simplemente se menciona que es menester una gran y necesaria *prudencia*. Sólo los postulantes al sacerdocio que tienen una orientación homosexual ensalzada y practicada no podrán integrar el seminario ; no concierne a los voluntarios que se sienten homosexuales pero que darán su deseo homosexual a Dios en la continencia. Incluso, un sacerdote católico, que de hecho, no se casará, debe haber admitido como mínimo la diferencia de sexos, ya que ésta honra la imagen del Amor de Dios por su Iglesia humana. Hay que partir del principio que todo sacerdote hubiera podido ser un buen padre biológico si no hubiese escogido el celibato consagrado. Hay una fragilidad y una esterilidad estructurales en el deseo homosexual, que no corresponden a la solidez afectiva requerida a un sacerdote. Por esta razón, a grandes rasgos, yo desaconsejaría fuertemente el sacerdocio a las personas homosexuales, y trataría a las excepciones caso por caso, sin erigirlas como ejemplos o reglas.

²² En efecto, se dice que la Iglesia no puede aceptar a la ordenación « *a aquellos que practican la homosexualidad, que presentan tendencias homosexuales profundamente radicadas o apoyan la cultura homosexual* » (Congregación para la Educación católica, *Instrucción sobre los criterios de discernimiento vocacional concernientes a las personas con tendencias homosexuales en vista a su admisión al seminario y a las Ordenes Sagradas*, Vaticano, 4 de noviembre del 2005). El documento vaticano de 2005 se puede interpretar como un semáforo naranja... : sea se tiene tiempo de pasar, sea se tiene que parar el carro.

Dicho esto, nada me impide pensar que existe en el corazón del deseo homosexual una vocación particular (y a menudo precoz) por el celibato consagrado, un sentimiento de elección y de excepcionalidad advertida en la soledad de un patio de escuela. Sin embargo esta vocación, salvo algunas excepciones, no puede ser sacramental, sacerdotal. La homosexualidad tiene la forma del pecado de orgullo, del grano de trigo que todavía no ha encontrado su tierra, pero que, si realizase su gran conversión (conversión que yo llamaría « continencia » y « adhesión libre, entera y de corazón a la Iglesia católica »), se le podría llamar santidad.

¿ Por qué no es usted sacerdote?

Algunos me lo preguntan, desde luego, ya he sentido llamadas a serlo (durante el año 2000, y luego de nuevo en 2009). Contestaré sencillamente que en primer lugar no soy yo quien decido sino la Iglesia que llama (y visiblemente, si se sigue a la letra la Instrucción del 2005, no respondo al marco trazado por el Vaticano, dado que pienso que mis tendencias homosexuales, sin ser fundamentales, son profundas, y porque defiende la existencia de la cultura homosexual). En segundo lugar, creo que, por mi estatuto de persona homosexual y mi fragilidad estructural, no es realmente deseable que me haga sacerdote. Y finalmente, he comprendido que podía ser más útil por el momento a la Iglesia siendo seglar. Este estado me permite realizar un trabajo en la Institución santa que ningún sacerdote o religioso podría hacer. Cuando tienen la audacia de hablar de homosexualidad, incluso de manera muy cruda y justa, me doy cuenta que siempre estarán mal situados, a causa de la naturaleza de su ministerio, para expresarse en nombre propio; no pueden traicionar el secreto de la confesión, ni presentarse como homosexuales (hablo de la minoría de ellos que lo son). Actualmente, en cierto sentido, pienso adecuarme a las mismas exigencias de vida que un sacerdote, cuando *a priori* nadie me lo impone. ¡Incluso me ocurre acompañar espiritualmente y aconsejar a ciertos sacerdotes! ¿Os dáis cuenta de mi libertad? Claro, me falta el tesoro inmenso del sacramento del sacerdocio (¡No es poca cosa!). Pero soy consciente que mi sitio en la Iglesia no deja de tener menos importancia. Multiplicando las conferencias, descubro que mi testimonio como persona homosexual tiene un fuerte impacto en los jóvenes, en los adultos, y en particular en los sacerdotes, los monjes y las religiosas. ¡La experiencia que vivo les descarga de un peso enorme y les da una alegría profunda! Yo, que no soy más que un « Don Nadie », que podría escandalizar a las multitudes (¿Voy a justificar la homosexualidad? ¿Soy un « católico light »? ¿o un homófobo reprimido, que se sirve de la Iglesia para darse importancia?), yo, constato que poseo de Dios un carisma especial de liberación viendo a ciertos sacerdotes en el seno de la Iglesia Católica, ya que antes que yo no tenían ningún ejemplo humano conocido de continencia homosexual que aconsejar. ¡En resumen, por el momento, soy un servidor seglar feliz!

¿Se puede ser homosexual y santo?

¡Por supuesto que sí! Dios no escatima medios... incluso con las personas heridas de por vida. La empresa de la santidad consiste en apuntar hacia la perfección, y ser santificado por Alguien más grande que por nuestros propios actos y méritos : no obtener la santidad y ser perfecto tal como ciertos medios de comunicación definen « perfección,

como sinónimo de no sufrir nunca, tener éxito, ser guapo y sin límites, no cometer errores nunca. Lo importante para ser santo, a mi parecer, es *desear ser santo*, decidirlo antes de vivirlo, y procurarse concretamente los medios para serlo, sabiendo que desde el punto de vista humano, uno será siempre un desastre, pero desde el punto de vista divino, Dios hace lo necesario y completa nuestra deuda de amor (el pecado) que no podríamos pagar solos. Si abrimos nuestro corazón, si acogemos sin rebelión el escándalo de la Cruz y el de la virginidad de María, nosotros somos todos, homosexuales o no, santos. No por ser inmaculados, sino porque *santificados*. Y si ciertos católicos sienten la tentación de otorgarme el título de «nuevo santo homosexual» a causa de mis escritos y de mis actos, me reiré amablemente en su cara diciéndoles que es probable que sea también el psicópata homófobo más grande de todos los tiempos. Y finalmente, es mejor que no se pueda calificar entre estos dos títulos. Concretamente, porque sólo Dios podrá hacerlo; y también porque, si se pudiese conocer anticipadamente nuestro porvenir, ya no sería libre ni santificado. ¡El Amor existe para no imponerse, por la evidencia de Su presencia y de Su acción!